

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

SALVACIÓN Y EXISTENCIA CRISTIANA

Gozo y esperanza

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA-PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1990

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (n. 1)

Nuestro propósito (n. 2)
La experiencia de los primeros cristianos (nn. 3-5)
En un momento esperanzador (n. 6)
¿Inoperancia del cristianismo? (nn. 7-8)
Disponibles para acoger la salvación (nn. 9-11)
El papel de la Iglesia (nn. 12-13)
Estructura de esta Carta (n. 14)

I.- EXISTENCIA FILIAL

- A. DESDE EL PADRE Y EN FRATERNIDAD (n. 15)
 - Sentirse a gusto con Dios (n. 16)
 - Conocer al Padre viviendo como hermanos (n. 17)
- B. FILIACIÓN Y ACTITUDES FUNDAMENTALES (n. 18)
 - Confianza fundamental (n. 19)
 - Aceptación de sí mismo (n. 20)
 - Capacidad para descubrir lo bueno de la vida (n. 21)
- C. SALVADOS POR EL AMOR ETERNO (n. 22)
 - Una sabiduría que salva (n. 23)
 - Conocimiento de Dios y compromiso (n. 24)
 - El diálogo eterno del infinito Amor (n. 25)
 - Hijos en el Hijo (n. 26)

- D. VUELTOS HACIA EL MUNDO Y RESPONSABLES DE ÉL (n. 27)
 - Amar y respetar cuanto Dios hizo (n. 28)
 - ¿Por qué Dios hace tan poco? (n. 29)
 - Un Dios siempre activo en el mundo (n. 30)
 - Cooperar con Dios en su trabajo liberador (n. 31)
 - Con libertad auténtica (n. 32)
 - Convencidos de que Dios nunca deja de ser bueno (n. 33)

- E. HACIA UNA INTIMIDAD RESPONSABLE (n. 34)
 - Aprender a orar (n. 35)
 - Discernir y seguir los caminos de Dios (n. 36)

II.- PARA MÍ, EL VIVIR ES CRISTO (n. 37)

- A. EL AMOR COMO LEY CENTRAL DEL REINO
 - ¿En favor o en contra del amor? (n. 38)
 - Una nueva manera de ser hombre (n. 39)
 - La solidaridad como elemento de la verdadera libertad (n. 40)
 - Un bien entendido amor de sí mismo (n. 41)
 - Un mundo entretejido de relaciones de amor (n. 42)
 - Feliz tú por haber creído (n. 43)
 - La transformación de la convivencia social en todos los niveles (nn. 44-45)
 - Solidaridad entre los pueblos (n. 46)
- B. LA CRUZ, CAMINO DE ESPERANZA (n. 47)
 - La pasión de Cristo, fuente de fortaleza (n. 48)
 - Ponerse al lado de las víctimas de la historia (n. 49)
 - ¿Abrumados por nuestra impotencia? (n. 50)
 - Conquistar la serenidad para proseguir el combate (n. 51)
 - Dolores de parto (n. 52)
- C. LA RESURRECCIÓN COMO ALEGRÍA CUMPLIDA
 - El triunfo de la vida (n. 53)
 - Con la energía de la Resurrección (n. 54)
 - Serenidad profunda (n. 55)
 - La pretensión de Cristo confirmada (n. 56)

III.- VIVIR EN EL ESPÍRITU (n. 57)

- A. VIVIR EN CRISTO ES VIVIR EN EL ESPÍRITU
 - El Espíritu nos hace encontrarnos con Jesús (n. 58)
 - Convencidos, gracias al Espíritu, de que la cruz de Cristo es su victoria (n. 59)
 - La vida cotidiana entera transformada por el amor, “fruto” del Espíritu (nn. 60-61)
 - Vivir con alegría y magnanimidad (n. 62)

- B. AL ENCUENTRO DEL ESPÍRITU EN EL MUNDO Y EN LA IGLESIA**
Vueltos hacia un mundo en que el Espíritu actúa por doquier
(nn. 63-64)
Engendrados por la Iglesia, morada por excelencia del Espíritu (n. 65)
Aceptando la mediación de los aspectos visibles de la Iglesia (nn.
66-67)
Artesanos, con el Espíritu, de comunidades concretas (nn. 68-69)
Construir la unidad en la diversidad (nn. 70-71)
- C. PORTADORES DEL ESPÍRITU HACIA EL MUNDO**
Con la Iglesia, en pie de misión (n. 72)
Al servicio del Espíritu para transformar el mundo en Reino de Dios
(nn. 73-74)
Incorporar la materia a la salvación de Dios (nn. 75-76)
Empapar de Espíritu la ética del amor y de la vida (nn. 77-79)
Trabajar por la justicia y la paz impulsados por el Espíritu (nn. 80-81)
Evangelizar las culturas (nn. 82-84)
Desde dentro del mundo, actuando de manera individual o asociada
(n. 85)
Artífices de una libertad solidaria y testigos del Dios vivo (n. 86)

IV.- EL HOMBRE EN LA TRINIDAD (n. 87)

- Amor en Dios y entre los hombres (n. 88)
Amar es dar y acoger (n. 89)
Amor y verdad (nn. 90-92)

CONCLUSIÓN

- Vivir la Trinidad incorporándonos a la vida de Jesús (nn. 93-94)
Vencer al enemigo más radical, el pecado (n. 95)
Conversión al amor de Dios y a la vida en plenitud (n. 96)
Sostenidos por la esperanza (n. 97)

INTRODUCCIÓN

1. En años anteriores os hemos hablado de lo que supone creer hoy en nuestro mundo. Nos hemos referido con cierta extensión a la concepción cristiana de Dios y del hombre. Hemos procurado hacernos cargo de los problemas y obstáculos que, en nuestra sociedad, dificultan la adhesión creyente. Os hemos invitado a seguir a Cristo en esta Iglesia y os hemos urgido a participar de su misión de anunciar, mediante la vida y la palabra, el mensaje de salvación.

Nuestro propósito

2. Al comenzar la Cuaresma de este año queremos dibujar ante vuestros ojos algunos rasgos fundamentales de la existencia humana salvada en Cristo. Nos dirigimos a las comunidades creyentes de nuestras diócesis, cuya fe queremos alimentar y sostener. Pero también a todos los hombres que deseen reflexionar sobre el modo cristiano de vivir y las convicciones que lo alimentan. Unos y otros necesitamos saber, como los primeros testigos, que el Señor no se encuentra entre los muertos y que, también hoy, es posible la esperanza.

La experiencia de los primeros cristianos

3. La experiencia de la salvación se produjo como resultado del anuncio gozoso de la resurrección: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ¡No está aquí, ha resucitado!” (Lc 24,5-6). Las mujeres fueron a comunicarlo a los discípulos. Gracias al testimonio y a la palabra de éstos, los primeros creyentes se incorporaron a aquella experiencia. Los obispos, sucesores de los apóstoles, transmitimos el mismo mensaje.

4. La misma fuerza de Dios que había resucitado a Jesús se apodera del centro de la existencia y la libera, como resultado no de las obras ni de los esfuerzos humanos sino de la fe¹. Gracias a ésta, el ser entero se abre al poder salvador², y el hombre se pierde para encontrar, de una manera –a la vez– misteriosa y sencilla, su verdadera autenticidad.

El Señor resucitado no es alguien distante; se halla aquí, inmediatamente presente³, y la propia vida experimenta una atracción irrenunciable hacia la identificación con él. Los cristianos desean recorrer el mismo camino de vida de Jesús de Nazaret⁴.

¹ Cfr. 1 Ts 2,5; 2,12; 5,9-10; Rm 1,8; 3,23; 5,1-2; Ga 2,16; Ef 2,4-9.

² Cfr. Ef 1,19-20.

³ Cfr. Hch 9,5; Flp 2,1; 3,12.

⁴ Cfr. Flp 3,1-16.

5. No por ello quedan inmunizados de una manera mágica. El mundo doloroso e injusto sigue ahí, no sólo como trasfondo lejano sino como realidad que penetra en la existencia de la comunidad y en la propia intimidad⁵. Cada cual percibe su propia debilidad y se ve afectado por la de los demás⁶. En el grupo las divisiones escandalizan y hacen sufrir⁷. La superación del pecado exige una lucha continua y perseverante⁸.

En medio de estas circunstancias, el creyente siente el “consuelo” de Dios⁹: coraje para resistir el desaliento, para dar ánimo a los demás, para abrirse al otro en cuanto tal. La acogida mutua que empapa la relación cotidiana es una concepción de vida “a imitación” del Dios que salva a hombres de culturas tan diversas como la griega y la judía¹⁰.

La conciencia del don recibido se traduce en acción de gracias, serenidad y alegría¹¹. Gozo crucificado, dolorosamente consciente de la gravedad del problema del mal y de las numerosas implicaciones del misterio de la iniquidad¹². Pero gozo vuelto hacia la esperanza. La salvación, ya acaecida, ha de llegar a su total plenitud. El “Marana tha!”: ven, Señor! se convierte en el ritmo permanente de la respiración de la existencia cristiana¹³.

La muerte, el último de los enemigos, será vencida. Entonces no habrá ya dolor, ni pecado, ni injusticia. El Santo, trascendente e infinito, lo inundará todo con su cercanía. Dios será todo en todas las cosas¹⁴.

En un momento esperanzador

6. No anunciamos la salvación a un mundo enteramente privado de esperanzas. Vivimos acontecimientos estimulantes. Los pueblos del mundo continúan apostando por la libertad, valor central de toda vida verdaderamente humana. Este movimiento suscita reacciones de simpatía y de solidaridad efectiva.

La gran empresa de la paz parece avanzar. Las conversaciones sobre el desarme progresan. En nuestro propio país crecen el movimiento contra la violencia, y la conciencia de la responsabilidad solidaria de todos los ciudadanos para superarla.

⁵ Cfr. 1 Ts 3,7; Ga 1,4.

⁶ Cfr. Ga 4,12ss; Rm 8,26; 1 Co 8,7ss; 2 Cor 12,9s...

⁷ Cfr. 1 Co 1,13; 11,19; Tt 3,10; 2 Pe 2,1.

⁸ Cfr. Rm 6,1-2; 10-13; 1 Co 15,34; 1 Tm 5,20.

⁹ Cfr. 2 Co 1,3-7.

¹⁰ Cfr. Rm 15,5-9.

¹¹ Cfr. 1 Co 1,4; 10,30; 15,27; 2 Co 2,14; Ef 1,16; 5,4.20; Col 1,3; Flp 1,3; Hch 5,41; 8,8.39; 15,3; 1 Co 16,17; 2 Co 7,4...

¹² Cfr. Rm 15,13; Ga 2,19.24; 2 Co 2,1 ss.; Flp 2,27s.; 1 Pe 1,6; 2,19.

¹³ Cfr. 1 Co 16,22; Ap 22,20; 1 Co 13,10; Ap 19,7; Hch 26,6-8; Ef 4,13; Flp 3,11...

¹⁴ Cfr. Ap 22; 1 Co 15,28.

¿Inoperancia del cristianismo?

7. El Espíritu de Dios alienta en estos movimientos y promueve la integración de todas las cosas en Cristo, al mismo tiempo que la plena humanización de todos los hombres. Sin embargo, en nuestra sociedad occidental, se extiende el sentimiento de que el cristianismo es una realidad inoperante, muy poco capaz de suscitar el interés por el hombre.

Nuestras visitas a los misioneros diocesanos que trabajan apostólicamente en distintos países del tercer mundo (por África, América y Asia), nos demuestran que en ellos la Iglesia y la fe cristiana son estimadas como garantía de libertad y de pleno desarrollo. Lo mismo parece que viene sucediendo en los países del este europeo.

Entre nosotros, por el contrario, muchos hombres no se hallan disponibles para la salvación cristiana¹⁵. Los falsos dioses los encierran entre las cuatro paredes de este mundo: la idolatría del dinero y del bienestar material, la búsqueda desorbitada del placer, la obsesión por alcanzar el poder, no con el fin de servir sino únicamente para dominar.

8. Otras veces el hombre se empeña en adecuar la acción de Dios a sus propias perspectivas. No es extraño que, también en este caso, se sienta finalmente defraudado. Así ocurrió a los discípulos de Emaús que habían confiado, no en el Mesías, sino en la idea que de él se habían hecho.

No se abre a la salvación quien, llevado por su autosuficiencia, prescinde de Dios, o lo considera como un mero auxiliar de sus propios planes. Tampoco quien, decepcionado, se hunde en el escepticismo y se acerca cada vez más a posturas intrascendentes que vacían de sentido la vida humana.

El gran obstáculo que impide la apertura de la salvación, y que resume todos los demás, es la proclividad del hombre a centrarse en sí mismo.

Disponibles para acoger la salvación

9. El Dios bíblico pide ante todo disponibilidad. Se la pidió a Abraham que, al oír la voz del Señor, salió sin saber a dónde iba. Se la pidió a María, que no podía prever que su “sí” de la anunciación la llevaría un día hasta el pie de la cruz de su Hijo.

Esta actitud de apertura resulta difícil a un hombre que acostumbra a comprobarlo todo por medio de sus sentidos y que se halla más preocupado por dominar la naturaleza y a sus semejantes que por respetarlos y acogerlos. Cuando el hombre depone sus actitudes de autosuficiencia y se decide a descentrarse de sí, puede encontrar al Dios de Jesucristo.

¹⁵ Cfr. Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Crear hoy en el Dios de Jesucristo*, Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1986, nn. 15-20.

10. Nadie se interesa más que el Señor por la causa del hombre. “La revelación del misterio del Padre, y de su amor manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et spes*, 22). Acoger la salvación de Jesucristo significa incorporarse a su proyecto de crear una humanidad nueva.

Nueva, porque Dios, pensando en nuestros verdaderos intereses, no se limita a otorgar al hombre lo que éste imagina que es bueno para sí mismo. Nueva, con la novedad de la salvación. El hombre ha de comenzar por acoger los planes de Dios, para cooperar después con todos sus recursos a darlos a luz en sí mismo y en los demás. Nueva, pero no por ello menos verdadera.

11. La salvación aparta de las falsas “soluciones” y de las idolatrías de este mundo. Atrae, por vía de contraste, al hombre que aún dispone de recursos para salir de situaciones que le vacían de su propia humanidad. Se halla indisolublemente unida a los grandes mensajes de solidaridad, verdad, justicia, amor, que siguen encontrando eco en el corazón del hombre, sobre todo cuando van unidos a la sinceridad de los hechos. El cristianismo los profundiza y les confiere su plenitud de sentido.

Deshacerse y descentrarse de sí mismo no significa perder nada sino ganarlo todo. No es renunciar a la libertad sino darle su verdadero sentido: acoger a Dios como Padre bueno, que nos convierte en artesanos de nueva humanidad y en servidores de los demás hombres. No es renunciar a la felicidad. La disposición fundamental para la salvación, la capacidad de acoger es, en sí misma, profundamente humana. Acoger y sentirse acogido es la característica del verdadero amor que plenifica el corazón del hombre.

El papel de la Iglesia

12. La Iglesia aporta la luz de la revelación divina y la fuerza de la gracia de Dios al esfuerzo solidario por crear un hombre y un mundo más humanos. Nada puede ser incorporado a la vida de Dios ni abrirse a ella sin perfeccionar su propia realidad.

La Iglesia es consciente de ello: “El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón” (*Gaudium et spes*, 1).

“El hombre es hoy el camino de la Iglesia” (Juan Pablo II). En su seno hay muchos fieles que arriesgan y pierden la vida por causa de los pobres y del entendimiento y la paz entre los hombres.

13. Pensamos que el hombre de hoy puede abrirse a la salvación cristiana y encontrar en ella el camino de su verdadera humanidad. Esperamos que el testimonio de la existencia cristiana, cuyos rasgos principales tratamos de describir, suscite la adhesión creyente y, así, el verdadero encuentro del hombre consigo mismo.

Sobre todo, confiamos en Dios, que empapa con su gracia la vida de los hombres, alienta los comienzos de cada proceso de conversión y nos acompaña en cada una de sus etapas. “Éste –hoy también– es el tiempo de la gracia”¹⁶.

Estructura de esta carta

14. La salvación penetra en nuestras vidas gracias a Jesucristo. Por ello, descubrimos los rasgos fundamentales de la existencia cristiana considerando la vida entre nosotros de Jesús de Nazaret. Movidos por el poderoso atractivo que emana del conjunto de su personalidad, queremos hacerlos nuestros.

I.- Jesucristo invocó a Dios de una manera nueva. Lo llamó “Abbá”, Padre, Aita, y así, más que hablarnos de Él, nos enseñó a vivir desde la fe en Él, sintiéndonos incondicionalmente acogidos por un Dios siempre favorable.

Este diálogo hunde sus raíces en la profunda relación que, desde siempre, el Padre y el Hijo mantienen entre sí. En ella Dios nos contempla y nos ama, a nosotros y a nuestro mundo. Quien se sabe amado por el Padre se siente hermano de los hombres y estima y respeta la naturaleza creada por Dios.

Dedicamos la primera sección de nuestra carta a considerar estos rasgos de la *existencia filial* de quienes siguen a Jesús.

II.- Dejarse amar con Jesús por el Padre Dios es también aprender a amar con Él y como Él. Por eso, tratamos de descubrir las características del amor cristiano que se traduce en el espíritu de las Bienaventuranzas. Esta manera de amar no sólo ha de impregnar las relaciones interpersonales en el nivel privado sino que debe presidir también la actuación del cristiano en todos los ámbitos de la convivencia.

El sufrimiento no contradice el amor que Dios nos tiene. Dios no nos salva del dolor sino en y por medio de él. En la Cruz opera la fuerza de la Resurrección que llena de esperanza la vida cristiana.

De todo esto nos ocupamos en la sección titulada *Para mí, el vivir es Cristo*.

III.- Jesús no sólo nos habla del Padre y se nos ofrece como modelo. También nos transmite su Espíritu. El Espíritu Santo nos vincula a Jesús y hace que nos apropiemos de sus actitudes profundas, vividas en las circunstancias propias de cada uno.

El Espíritu Santo es también el vínculo de los cristianos entre sí, el gran artesano de la unidad a partir de la diversidad, que promueve la solidaridad y –al mismo tiempo– las peculiaridades inalienables de los individuos y de las culturas. El Espíritu, que alienta en todas las grandes aspiraciones de los hombres, es también quien envía a la Iglesia y, con ella, a cada creyente en misión. Una

¹⁶ Cfr. 2 Co 6,2.

misión que no ignora esas aspiraciones sino que las asume y las plenifica. Todo esto lo consideramos al hablar de la *existencia cristiana en el Espíritu*.

IV.- El Dios que así descubrimos como Padre, Hijo y Espíritu Santo nos incorpora, en Jesucristo, a su propia vida de comunión. Nuestro Dios es una comunión de amor, infinitamente adorable, a la que la Iglesia da el nombre de Santísima Trinidad. Gracias a Jesucristo, también nosotros tenemos a Dios como Padre y somos vivificados por su Espíritu Santo.

La salvación cristiana es la vida de Dios en nosotros, ya en esta tierra de manera inicial, consumada después en la vida eterna. Por ello, nuestra carta invita también a concentrar la mirada de la fe en la existencia de *El hombre en la Trinidad*. El amor cristiano entre los hombres, que despunta en todo amor verdadero, traduce a nuestra historia la vida de un Dios que es amor en sí mismo.

I.- EXISTENCIA FILIAL

A. DESDE EL PADRE Y EN FRATERNIDAD

15. La existencia cristiana se vive ante un Dios que nos ama como Padre bueno, con quien nos encontramos verdaderamente a gusto y que nos reúne en fraternidad. Esta existencia, al mismo tiempo filial y fraterna, hace ya presente la salvación en nosotros.

Sentirse a gusto con Dios

16. La salvación se vive, ante todo, como una existencia filial, que se despliega desde el amor que el Padre Dios nos tiene. El amor no es una mera operación intelectual. Nadie hace la vida a base de puras ideas. Más allá de ellas se encuentran nuestros amores, nuestras inclinaciones, nuestros afectos. Los sentimientos determinan nuestras primeras reacciones. Tendemos a deshacernos de la persona que nos cae mal. En cambio deseamos la presencia de la persona amada, sin que ella nos la imponga.

La invocación de Jesús, “Abbá!”¹⁷, traduce ante todo su manera de sentirse ante Dios. Se dirige a Él como a su Padre amado, con quien se halla verdaderamente a gusto¹⁸. Se trata de un sentir profundo, de un encontrarse ante Él, desde el que la vida se hace verdaderamente estable y del que mana auténtica felicidad.

Conocer al Padre viviendo como hermanos

17. Esta experiencia es tan importante que Jesús la comunica a los hombres, cuyo bien se propone por encima de todo. Convoca una comunidad de discípulos, a quienes llama hermanos y pide que se traten como tales¹⁹. En ese ámbito, les transmite su experiencia de Dios como Abbá²⁰. La atmósfera comunitaria y el espíritu que Jesús crea al convivir con ellos les hablan del Padre como por ósmosis y confieren sentido profundo a las palabras que se refieren a Él.

Vivir como hermanos hace saber lo que significa tener un padre. No es posible hablar de manera digna de crédito de un Dios Padre sin crear un clima de fraternidad. La comunidad es el ámbito donde esa fe se transmite y se convierte en experiencia.

¹⁷ Cfr. Mc 14,36; Rm 8,15; Ga 4,6.

¹⁸ Cfr. Lc 10,21-22; Jn 17,20-26.

¹⁹ Cfr. Mc 10,29-30; Mt 23,9.

²⁰ Quienes siguen a Jesús y se integran en su grupo escuchan de sus labios la revelación de Dios como Padre. Tanto los dichos del seguimiento (cfr. Mt 10,27-29; 10,37-39; 11,20-24; 13,16-17; 23,37-39 y paralelos en Lc) como los referidos al Padre (cfr. Mt 6,7-13.25-34; 7,7-11; 10,29-32 y paralelos en Lc) provienen de los estratos más antiguos de los evangelios.

La Iglesia tiene ante sí la tarea de definirse –mediante su existencia y su testimonio– como la reunión de los hijos de Dios que se aman entre sí como hermanos e invitan a los demás hombres a compartir ese camino de vida. Esta tarea se hace concreta en cada comunidad cristiana: en la familia, en la parroquia, en los movimientos y agrupaciones apostólicas, en la vida religiosa.

B. FILIACIÓN Y ACTITUDES FUNDAMENTALES

18. Cuando la fe arraiga en nosotros y se convierte en experiencia permanente ejerce una influencia profunda en nuestras actitudes fundamentales. La convicción de que Dios es amor afecta a nuestra confianza ante la vida, a la aceptación de sí mismo, a nuestra capacidad para descubrir la bondad sin caer en ingenuidades.

Confianza fundamental

19. Vivir con sentido supone, ante todo, la confianza fundamental de que la vida merece la pena, porque es el valor supremo de este mundo, a pesar del mal que la circunda y la penetra. Esta actitud no es primariamente una realidad intelectual. Para hallarse al abrigo de desilusiones profundas y de la amenaza más o menos aguda del sin sentido y del absurdo, es preciso vivirla como sentimiento arraigado y estable.

La madre es la primera en transmitirnos esta confianza vivida antes que razonada. Nos proporciona la acogida de su seno y de su cuerpo de mujer; de su amor, sobre todo, y del cuidado cariñoso con que acompaña nuestros primeros pasos. En la edad adulta, y aun suponiendo que las cosas nos hayan ido muy bien en nuestra primera infancia, la experiencia del mal tiende a destruir la confianza fundamental. ¿En quién apoyarnos entonces para continuar manteniéndola?

Desde luego hay que contar con las propias posibilidades que el cristiano, como los demás hombres, está llamado a descubrir. Pero él, mirando a Jesús, pone su confianza última, no en ellas, sino en el Dios bueno. Del Padre nos podemos fiar sin ninguna reserva. Su amor es mayor que el de una madre que nunca olvida al hijo de sus entrañas²¹.

El primero de sus rasgos es su inmensa bondad, su generosidad y su ternura. Sabe lo que necesitamos antes de pedírselo y está dispuesto, de antemano, a concedérselo. Da cosas buenas a sus hijos, mucho más que los padres de la tierra. Cuida de nosotros con gran cariño y se preocupa de cuanto nos afecta²².

²¹ Cfr. Is 49,15.

²² Cfr. Mt 6,7-8; 7,7-11; 10,30.

Aceptación de sí mismo

20. Un mundo competitivo sólo nos acepta a la vista de nuestros méritos y, si fallamos, difícilmente nos otorga una nueva oportunidad.

Dios, en cambio, nos admite sin condiciones y nos invita siempre a empezar de nuevo. No nos exige cumplir determinados requisitos, ni que seamos buenos, para poder acercarnos a Él. La parábola de la oveja perdida²³ nos muestra que sale a buscar al pecador sin esperar a que éste se arrepienta. La conversión es consecuencia del amor del Padre y no al contrario.

El carácter incondicional del amor de Dios nos ayuda también a valorarnos a nosotros mismos, sin necesidad de fingir que no hemos fallado nunca. Si Él me ama, también yo puedo considerarme digno de estima.

No es necesario hacer como el fariseo de la parábola, que enumeraba sólo sus méritos, sin atreverse a reconocer la parte oscura de su ser. Tratar de convencernos de que poseemos una autosuficiencia de la que en realidad carecemos, no tranquiliza. Al contrario, nos hace vivir de una manera poco auténtica, que no logra ocultar nuestra propia inseguridad.

Obtuvo la paz no el fariseo sino quien oró reconociéndose humildemente pecador. Éste es el gran anuncio de Jesús: la salvación ha llegado para los pecadores. Se abre a ella quien, atraído por el anuncio de Dios como Padre bueno, se reconoce como pecador.

Nuestro Dios nos escucha, nos comprende, nos acoge. El perdón es el lugar por excelencia para sentir, como el hijo pródigo, a Dios como padre. Un viejo relato cuenta que el joven abad de un monasterio ordenó construir una celda amplísima, inundada de sol, en cuyas paredes se leía escrito a grandes rasgos: “Yo el Señor te llamo por tu nombre. Déjame quererte tal como tú eres”. En esta estancia debía permanecer quien estuviese desalentado o no consiguiese la paz consigo mismo. Su única obligación, gozosa e indescriptible, sería repetir aquellas palabras, hasta que su sentir profundo quedase embargado por ellas.

Capacidad para descubrir lo bueno de la vida

21. El niño amado con ternura tiende a sentir como buenas todas las cosas. Confía en los demás en la propia vida. En cambio, la agresividad padecida en edad temprana ciega la capacidad para percibir la bondad y para transmitirla.

Jesús, contra el catastrofismo típico de la mentalidad apocalíptica de su época, nos anuncia la Buena Noticia del Dios favorable, que hace posible la alegría ya en esta vida. Las cosas de aquí abajo merecen la pena. Quien considera el mundo como obra del Padre bueno no puede pensar que todo sea malo.

Jesús nos enseñó a descubrir la belleza de la creación y la grandeza de los gestos sencillos, como el de aquella viuda que, con su pequeña limosna, dio todo

²³ Cfr. Lc 15,4-7.

lo que tenía para vivir. El tesoro está escondido en el campo de este mundo. El mal puede ser vencido, al menos parcialmente, ya desde ahora. Todo ello produce mucha alegría. Dejarse llevar por el pesimismo como si, dado lo malo que es el mundo, no mereciera la pena trabajar por él, no es cristiano.

C. SALVADOS POR EL AMOR ETERNO

22. El hombre no se contenta con mejorar su tono vital o con lograr una cierta sensación de estabilidad interior. Ansía algo que nunca logra en esta vida: liberarse por completo de la negatividad. Pero eso es algo que supera claramente la capacidad humana. Ahí está la muerte para recordárnoslo.

Dios nos otorga la verdadera salvación. Lo hace al incorporarnos al diálogo de amor que, más allá de la caducidad de la existencia terrena, mantiene con su único Hijo. Jesús, al transmitirnos el “conocimiento” de Dios que sólo él posee, nos asocia a su comunión de vida con el Padre y nos ilumina acerca de la meta del camino de la vida.

Una sabiduría que salva

23. No faltan entre nosotros quienes ofrecen la sabiduría o la “iluminación”, de inspiración predominantemente oriental, que conduce a vivir de una manera nueva, mucho más “salvada”. Algunos se vuelven hacia ese tipo de filosofías o religiones y, gracias a ellas, han visto su existencia renovada y como salvada. Otros, después de su intento, se sienten frustrados o manipulados.

También a Jesús le formularon la pregunta decisiva: “Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?”. Hubo quienes aceptaron su exigencia de dejarlo todo, para incorporarse al grupo de discípulos donde se transmitía el conocimiento salvador de Dios como Padre.

Únicamente Jesús posee y puede comunicar ese pleno conocimiento gracias a su relación privilegiada con Dios. Así fue haciéndolo ver Él mismo: “nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo lo quiera revelar”²⁴.

“Conocimiento” empapado de amor. Es camino de vida que alivia a los “fatigados y agobiados” y conduce hacia Aquél cuya vida sólo Jesús comparte plenamente en la intimidad de la mutua comunicación²⁵. La existencia tiene sentido cuando en ella marchamos haciendo camino hacia el hogar del Padre Dios.

Conocimiento de Dios y compromiso

24. Hay religiones, sectas e incluso formas de entender el propio cristianismo que pretenden proporcionar la renovación interior, ajena al compromiso con la historia. La doctrina de Jesús, en cambio, no nos aleja de la vida. Nos conduce al

²⁴ Mt 11,27.

²⁵ Cfr. Mt 11,28-29.

amor de Dios y del hombre. En Jesús, la adhesión incondicional al Padre y la pasión por el Reino son inseparables.

Esta síntesis de interioridad y de compromiso constituye la verdadera interpretación de la tradición de Israel: la Ley comprende dos tablas. La genuina relación con Dios se corrompe si prescinde de la relación de justicia con el otro hombre. El compromiso se endurece y pierde su carácter salvador si no se abre a la relación con el Padre Dios.

Se aprende quién es el Padre no sólo al lado del Maestro sino al desempeñar la misión que él confía a los suyos. El gozo que experimentan los setenta y dos discípulos enviados por Jesús parece estar, según el relato de Lucas, íntimamente unido a ese “conocer” a Dios que sólo el Hijo transmite²⁶.

Vive como Jesús quien, gracias a él, conoce al Padre; pero también es cierto que conoce al Padre quien vive como Jesús y sigue sus caminos.

El diálogo eterno del infinito Amor

25. Vivir en el amor de Dios es vivir ya como salvados, porque esa relación se fundamenta en la que Padre e Hijo mantienen en la eternidad y nos incorpora a ella. No se agota en esta vida. Se prolonga en la otra y adquiere en ella toda su plenitud.

El diálogo continuo que Jesús mantiene en esta tierra con el Padre es reflejo de otro mucho más profundo. El Hijo, desde toda la eternidad, vive en el “seno” de Dios, en su intimidad más profunda, en su misterio más hondo. Antes de que nada existiese estaba junto al Padre²⁷.

A Dios, el insondable, infinito e inabarcable, “nadie le vio jamás”. Nadie, sino quien también era Dios como Él, el Hijo. Éste, que se vuelve hacia el Padre desde siempre y comparte su misma plenitud, lo recibe todo de Él y lo expresa perfectamente en su interior: es su Imagen y su Palabra.

Al hacerse uno de nosotros traduce esa Palabra a nuestro lenguaje. Nos podemos fiar plenamente: su Sabiduría es la verdadera salvación²⁸. Recordemos las palabras del Padre en el bautismo y en la transfiguración, dos momentos singulares de la vida de Cristo: “Éste es mi Hijo, el Amado en quien me complazco”²⁹.

Hijos en el Hijo

26. Las raíces de la existencia cristiana se hunden en el amor eterno, inmutable, permanentemente fiel, del Padre por su Hijo querido. Ahí se halla el fun-

²⁶ Cfr. Lc 10,17-22.

²⁷ Cfr. Jn 1,1,18; Ef 1,3-6; Jn 17,5.

²⁸ Cfr. Jn 1,18.

²⁹ Cfr. Mt 3,17 y par.; 17,5 y par.

damento último de las actitudes que hasta aquí hemos ido describiendo. En el Hijo amado nos ha dado todas las cosas. En Él nos bendice, nos elige, nos perdona. En Él, la riqueza de su gracia se convierte en un derroche para con nosotros.

Únicamente en Jesús puede el Padre poner todas sus complacencias. Pero también cada uno de nosotros oye que el Padre le dice: “En ti me complazco”. En el fondo llevas ese yo amado por Dios, nunca del todo descubierto por ti y que constituye, al mismo tiempo, el proyecto del Padre sobre tu vida y tu manera de responder a su amor. Si llegas a identificarte con lo que verdaderamente eres, darás gloria a Dios y, alamarlo, llegarás a ser plenamente feliz.

No sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos³⁰. Nuestra respuesta al Padre no es lo primero. El origen de todo es el amor que Él nos profesa en Jesucristo. Sentirse irrevocablemente querido, convencerse de la solidez de ese amor, es rasgo ineludible de la existencia plenamente cristiana y fuente primera de nuestro gozo. El Padre nos quiere tal y como somos, para que lleguemos a ser tal y como Él nos quiere.

D. VUELTOS HACIA EL MUNDO Y RESPONSABLES DE ÉL

27. La intimidad con Dios no nos debe llevar a desentendernos de nuestros hermanos. Tampoco de la responsabilidad de compartir la tarea de crear un mundo cada vez más humano. Respetado y amado precisamente porque está llamado a ser el lugar donde sea posible la convivencia fraterna.

Amar y respetar cuanto Dios hizo

28. El cristiano nunca considera el mundo como algo innecesario o poco digno de estima. El Padre, que nos ama en su Hijo, también conoce y ama en él todas las cosas. El mundo es su obra, en la que Él mismo se complace³¹. La Palabra está llena de vida y la comunica a cuanto se hace por ella.

Encontramos vida si sabemos contemplar una brizna de hierba. También cuando pensamos cuántas cosas, además de la harina, el agua y la sal, son necesarias para amasar el pan: la simiente de trigo, la lluvia que la fecunda, el sol que la hace crecer, el fuego que lo cuece en el horno.

Todo nos habla del Padre celestial, que hace salir su sol y llover sobre malos y buenos³². Todo transmite vida: el placer de la buena mesa y el placer de la vida conyugal, bañarse en el mar y broncearse al sol, conquistar las cumbres de nuestras montañas y practicar la espeleología gozando de los caprichos maravillosos de la naturaleza.

³⁰ Cfr. 1 Jn 3,1-2.

³¹ Cfr. Gn 1,10.12.18.21.25.31.

³² Cfr. Mt 5,45.

A través de todo eso, el creyente conoce a su Dios y se alegra con su amor. Piensa también en los hombres que transforman el mundo, desde el obrero hasta el ingeniero, y se ofrece a participar en el esfuerzo mancomunado de tantos.

La fe nos impulsa a preocuparnos del problema ecológico. Si el hombre desea gozar de las cosas de este mundo y servirse de ellas, ha de comenzar por respetar la consistencia que tienen. Dominar la creación no significa disponer de ella a nuestro antojo, sino teniendo en cuenta su propia autonomía y sus exigencias.

Los recursos naturales, los bosques, los animales, la pureza de las aguas y del medio ambiente, han de ser protegidos para que el mundo sea una casa habitable para todos. La justicia se halla implicada también en el problema ecológico³³.

¿Por qué Dios hace tan poco?

29. La obra de Dios no está acabada. Necesariamente limitada y dolorosamente afectada de hecho por el mal y la injusticia, siempre es susceptible de ser perfeccionada.

Cuando se habla del cariño de Dios por el hombre y de la creación como fruto de su amor, nos preguntamos porqué el Padre bueno ha tenido “tan poco éxito” en su proyecto de hacernos felices. En el fondo sigue royéndonos la pregunta: Dios, ¿es bueno de verdad?

En otras ocasiones os hemos hablado del problema del mal³⁴. Hemos tratado de sopesar su magnitud y la dificultad que supone para creer en la bondad de Dios. Os hemos también invitado a volver siempre sobre las luces que, sin disipar toda la oscuridad, nos proporciona la fe.

El mundo es inevitablemente caduco y, además, posee una autonomía que Dios le ha dado y es el primero en respetar. Contra lo que muchas veces se sigue pensando, Dios ni lo hace todo ni puede evitarlo todo.

Desde estos principios es posible iluminar un poco preguntas formuladas a veces de manera muy sencilla, pero que aluden a un problema profundo, vivido siempre de manera más o menos dramática: el de la ciencia del bien y del mal.

A veces nos escandalizamos de que Dios, en vez de salvarnos del mal, nos salve en el mal y se sirva del sufrimiento como camino de salvación. Querríamos que se pusiese de nuestra parte con mayor claridad, que nos resolviese proble-

³³ Cfr. *Paz con Dios Creador, paz con toda la creación*, Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1.1.1990: *Ecclesia*, n. 2.456 [30 de diciembre de 1989], pp. 1929-1933.

³⁴ Cfr. Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Creer en el Dios de Jesucristo*, Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1986, nn. 42-44; Id., *En busca del verdadero rostro del hombre*, Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1987, nn. 59-63; Id., *Creer en tiempos de increencia*, Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1988, n. 28.

mas prácticos como el de la sequía, o que hiciese avanzar la salvación con mayor rapidez.

Le pedimos favores y, desde luego, podemos hacerlo. Pero la fe, la entrega confiada a su acción amorosa, no necesita conseguir lo que concretamente pide para saber que siempre cuenta con el favor del Padre bueno.

Un Dios siempre activo en el mundo

30. Dentro de este respeto amoroso, Dios mismo trabaja con todo su empeño para lograr un mundo mejor.

El afán por querer saber siempre cómo Dios nos favorece en cada caso ha oscurecido el sentido profundo de la fe en la providencia de Dios. Infantiliza al hombre creer en un Dios que nos hace subir al coche en el momento justo en que comienza a llover y así nos evita un resfriado. Nietzsche tiene razón cuando pide que eliminemos esta imagen de nuestro corazón.

Pero no es ésta la concepción bíblica de Dios como Señor de la naturaleza y de la historia, actuante en todos los ámbitos de la realidad. Jesús nos habla del cuidado amoroso del Padre por cada hombre, mayor que el que tiene por las aves que alimenta y por los lirios que viste de esplendor³⁵. Puedo hacer descansar mi corazón en este Dios “que hace tanto por mí” y en cuyas manos “están mis azares”, como ya decía el salmista.

Cooperar con Dios en su trabajo liberador

31. La finalidad, del trabajo del Padre es configurarnos con Cristo, hacernos semejantes a la imagen de su Hijo. Lograr que todos los hombres se incorporen al Cristo total y que en él se reconcilien todas las cosas.

El poder de la bondad de Dios respeta las decisiones del hombre, pero solicita continuamente nuestra colaboración. Se la dio Moisés, al aceptar convertirse en jefe de un pueblo por el que se sentía rechazado y en un momento en que él gozaba con su familia de la soledad del desierto y la tranquilidad del pastoreo³⁶.

Se la dio también María, la elegida, una mujer del pueblo que, en la sencillez de su vida, fue cambiando continuamente sus planes para aceptar los de Dios e ir descubriendo sus caminos. Así cooperó con su Hijo Jesucristo en la obra de la redención, hasta llegar a compartir con él la cruz, antes de incorporarse a la alegría definitiva y a la gloria de la resurrección.

³⁵ Cfr. Mt 6,25-30.

³⁶ Cfr. Ex 2,21-22; 3,1.

Con libertad auténtica

32. Esta interpelación a la libertad del hombre elimina el exceso de ternura que priva al amor de su autenticidad. El Abbá nos envuelve ciertamente con cariño de madre, pero es también padre que conduce a su hijo a descubrir las exigencias de la realidad. Lo empuja a desempeñar su misión en el mundo. Lo ama llamándolo a la libertad.

Cristiano es no sólo quien invoca al Padre Dios, sino quien se siente llamado por Él y despierta así el sentido de su responsabilidad sobre las cosas y, sobre todo, sobre sus hermanos los hombres. La fe es un regalo, pero también una pregunta que Dios nos dirige a nosotros.

Jesús responde a ella. Al entrar en este mundo dice: “He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad”³⁷. Su vida es un acto de obediencia profunda, dirigido por el amor. No es aceptación de una obligación sentida como extraña, sino comunión con el Abbá, cuya voluntad era su alimento. Trabaja en la “obra” del Padre. Secunda su actividad, desde la intimidad con Él y con los ojos puestos en las circunstancias para ver lo que éstas piden en cada caso.

También el cristiano descubre así el contenido de su misión. Se hace responsable del mundo y ama sobre todo a los pobres, haciendo latir su corazón al unísono con el del Padre.

Convencidos de que Dios nunca deja de ser bueno

33. No es fácil convencernos de que Dios es bueno. A veces nos preguntamos porqué nos exige tanto y si no podría haber cambiado sus leyes por otras más llevaderas. Pero si lo hiciese, nos traicionaría. Nadie puede ser feliz sin respetar la vida, sin ser fiel a la verdad, a la justicia, a la vida casta. Éstos son los verdaderos caminos del amor. El hombre no puede cambiarlos por otros. Tampoco Dios.

Otras veces nos inquieta el rigor de sus castigos. ¿Es Dios unas veces Padre y otras justiciero? No. Su actividad es siempre salvadora y, como Padre bueno, nos advierte de las consecuencias de “muerte” e infelicidad que pueden tener nuestras acciones si, a pesar suyo, nos apartamos de su amor.

El Evangelio es la Buena Noticia del Dios siempre favorable. Esta convicción llena de tranquilidad al corazón que se deja embargar por ella. El Dios del todo amor nos garantiza la victoria final sobre el mal. Todos estamos llamados a incorporarnos a la resurrección de Jesucristo. Y en todo hay un camino para el amor, aunque no todo lo que ocurre en esta vida sea bueno. “En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman”³⁸.

³⁷ Hb 10,7.

³⁸ Rm 8,28.

E. HACIA UNA INTIMIDAD RESPONSABLE

34. A muchos, incluso creyentes, las perspectivas hasta aquí expuestas parecerán demasiado idealistas y alejadas de la realidad vivida. Otros muchos las viven y encuentran en ellas felicidad profunda. ¿Cómo conseguir que se hagan vida en nosotros? Os señalamos dos caminos.

Aprender a orar

35. Para que pueda darse la experiencia íntima de la presencia de Dios Padre y de su acción en la historia tenemos que aprender a orar³⁹.

La cultura de hoy favorece la dispersión y dificulta la atención a lo interior. Por otra parte, la demanda de espiritualidad auténtica parece crecer. Es un gran desafío para el cristiano crear en sí mismo un corazón capaz de contemplar y ofrecer a sus hermanos los hombres la experiencia de la contemplación.

Esto exige tiempo. Hemos avanzado mucho en combatir el dualismo que hace discernir a la oración por un camino y a la vida por otro. La unidad de oración y vida es esencial. Pero bajo pretexto de que todo es –mejor habría que decir “puede ser”– oración, olvidamos a veces que conseguir que la vida entera se halle iluminada por la luz de la fe exige dedicar tiempo al contacto íntimo con el Padre.

Por otra parte, hablar con Dios, gastar tiempo con Él, es el deseo más profundo del genuino amor. Jesús nos lo hace ver con su propio ejemplo⁴⁰.

Es preciso alimentar la oración con la Palabra de Dios. Un medio es prestar una atención cuidadosa a la homilía dominical y a otras formas de predicación. Pero es necesario también formarse, estudiar la Sagrada Escritura y el significado profundo de la fe para nuestra vida y nuestra cultura.

Es preciso educar en la oración. Necesitamos maestros de oración. Pedimos a sacerdotes y religiosos que no descuiden este aspecto esencial de su vocación, que todos los cristianos estamos llamados a compartir.

Discernir y seguir los caminos de Dios

36. Para cooperar con Dios es preciso también descubrir cuáles son hoy sus caminos. Esto significa estar atentos a los signos de los tiempos. Analizar los rasgos de nuestra cultura y atender a las expectativas de nuestros contemporáneos. Tratar de ver, empleando la razón y apelando tanto a las oportunas competencias técnicas como a la luz del Evangelio, qué cosas deben ser fomentadas, purificadas o rechazadas. Después vendrá la actividad paciente, tenaz, fiel a la estructura misma de la realidad. Actividad cristiana, imitadora del trabajo constante y humilde de Dios en nuestra historia.

³⁹ Cfr. Lc 11,2.

⁴⁰ Cfr. Mt 14,23; Lc 3,21; 6,12; 9,18.28-29.

II.- PARA MÍ, EL VIVIR ES CRISTO

37. Desde el encuentro con Cristo y con su fuerza, como vimos al comienzo de esta carta, el cristiano se incorpora al proyecto del Señor de transformar el mundo mediante su amor y asume la cruz de los sufrimientos del mundo como camino de esperanza, empapado ya de la alegría de la resurrección.

A. EL AMOR COMO LEY CENTRAL DEL REINO

¿En favor o en contra del amor?

38. Los hombres suelen pensar que la sociedad se transforma principalmente mediante el empleo del poder político y de los recursos económicos.

Jesús no nos exige rechazar estos medios pero se negó a asumirlos para desempeñar su misión de Mesías enviado de Dios⁴¹. Nos enseña, en todo caso, a usarlos desde el propio desinterés y, el amor a los hombres, que son su propio camino de vida. Sin una actitud profundamente solidaria y servicial, el poder y el dinero conducen al egoísmo y se convierten en factores de opresión.

La palabra amor sigue pronunciándose con frecuencia. Pero parece estar cada vez más deformada por la búsqueda egoísta del placer o los intereses inmediatos. Sin embargo, todo el mundo continúa añorando abrirse a un verdadero amor caracterizado por el desinterés y el olvido de sí.

A este respecto, Jesús pronunció una palabra difícil de entender: “Quien quiera salvar la vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”⁴². Casi nadie se siente capaz de amar así. El precepto de dar la vida causa horror y parece retrotraernos a una concepción masoquista de la existencia.

Durante estos años muchos dicen haberse apartado de la religión por ver en ella un enemigo de la felicidad de los hombres. Efectivamente, en ocasiones, se ha dado una interpretación dolorista del cristianismo. Pero en la hondura de la conciencia creyente crece cada vez más la convicción de que cristiano es quien toma inequívocamente partido por todo lo verdaderamente humano.

Una nueva manera de ser hombre

39. En el fondo son dos concepciones del amor y del hombre las que están en juego. Una, la del hombre centrado en sí mismo, afirmativo y autosuficiente. La de quien, al poner su propia realización por encima de todo, utiliza a los demás y llega a considerarlos como simples medios. Otra, la del que se encuentra a sí mismo al darse a los demás. Muchos, que se entregan de veras a quienes pade-

⁴¹ Ver las perícopas de las tentaciones de Jesús (cfr. Mt 4,1-11) y el discurso tras la multiplicación de los panes en el cuarto evangelio (cfr. Jn 6).

⁴² Mc 8,35 y par.; Jn 12,23-25.

cen necesidad, experimentan vivir con plenitud de sentido. “Se encuentran” a sí mismos al “encontrarse” entregados.

El Vaticano II habla de un nuevo humanismo “en que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (*Gaudium et spes*, 55). Muchas personas sencillas se incorporan a este humanismo del don de sí mismos, sin necesidad de hacer filosofías. Se alegran de convivir y abren su puerta no sólo al que es como ellos o viene a ayudarles, sino también al que padece necesidad. Viven, sin pensarlo mucho, el amor incondicional que nos enseñó Jesús al entregar su vida por nosotros. Nadie se la quitó. La dio él de una manera soberanamente libre.

El amor desinteresado no es un mandamiento imperativo de un Dios que haya tenido el capricho de imponérselo al hombre, como para hacerle sentir su superioridad divina. Se trata, una vez más, de la palabra del Padre bueno que nos indica el camino para ayudarnos a encontrar nuestro verdadero ser.

No somos y después nos entregamos, sino que nos hallamos al entregarnos. Nuestro verdadero yo no es el que se centra en sí mismo de una manera afirmativa. Es el que establece relaciones y es puente tendido hacia el otro, abierto a subvenir su necesidad, no ávido de las ventajas que su relación nos proporcione.

La solidaridad como elemento de la verdadera libertad

40. Quizá la deficiencia más profunda de nuestra civilización sea precisamente ésta: considerar la afirmación de sí como la realidad primordial y la referencia a los demás sólo como una realidad segunda y, si acaso, añadida a la primera.

Esta manera de concebir al hombre conduce a una preocupación exagerada por la propia seguridad, individual y colectiva, y se refleja en las grandes lacras de la humanidad, como la carrera de armamentos y la situación de dependencia económica en que son mantenidos pueblos y casi continentes enteros respecto de otros. Todo nos parece necesario para nosotros y, en consecuencia, nos defendemos de los demás y les arrebatamos incluso lo que les pertenece.

El mandamiento del amor asigna el hombre al otro hombre y, de manera particular, al otro en necesidad. No vale, pues, sólo para los cristianos: expresa que la estructura más profunda de lo humano se logra cuando uno entrega a los demás no solamente sus cosas sino a sí mismo.

Con éste se identifica Jesús: tuve hambre y me disteis de comer. Cuantas veces lo hicisteis con uno de estos mis hermanos pequeños, conmigo lo hicisteis, aun sin haberme reconocido en ellos⁴³.

La libertad, en cuanto ausencia de coacciones y superación de trabas externas e internas, suscita el entusiasmo de los individuos y de los pueblos. Pero la solidaridad no es un añadido de la libertad que venga a recortarla como desde

⁴³ Cfr. Mt 25,35-40.

fuera y de una manera molesta. Es un elemento interno de la misma que le confiere su propia autenticidad.

Nadie se batió más que Pablo por superar las trabas y coacciones que mutilaban indebidamente la libertad cristiana. Pero él lo entendió perfectamente: la libertad no puede tener como objetivo la autoafirmación de quien la ejerce. Somos libres, para servirnos unos a otros por amor⁴⁴.

Es una libertad que tiene como modelo a Jesucristo que, siendo Dios, se vació de sí y, hecho hombre, se hizo obediente hasta la cruz. En él aprende el cristiano los sentimientos que deben presidir las relaciones mutuas entre los hombres comenzando por las más sencillas y cotidianas⁴⁵.

Un bien entendido amor de sí mismo

41. Sin embargo, muchas voces observan que nadie puede dejar de mirar por sí mismo y por los miembros de su propia familia a la hora de ayudar a los pobres. Añaden que una de las formulaciones del mandamiento, puesta en boca del mismo Jesucristo, es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”⁴⁶.

Efectivamente, el hombre –antes de transmitir la bondad– la acoge. Dios nos comunica la intimidad de su presencia y también los dones de su creación y la alegría de recibir mucho gracias a los demás hombres. Es lícito y obligatorio gozar de todo esto.

Se da a veces una predicación voluntarista de la solidaridad con el hombre, como si estuviese prohibida toda alegría hasta que se hubieran solucionado todas las injusticias del mundo o reinase el igualitarismo más extremado. Es verdad que la situación de los oprimidos y los dramas de todos los hombres crucifican nuestro gozo. Pero éste ha de continuar siendo alimentado, precisamente para poder transmitirlo a los demás.

El mismo Pablo⁴⁷, al pedir a sus comunidades una participación generosa en la colecta a favor de los pobres de la iglesia madre de Jerusalén, advierte que no se trata de que ellos vayan a pasar necesidad para que otros tengan abundancia. Pero también elogia a los que dan incluso por encima de sus posibilidades. Es probablemente la única regla práctica para un hombre siempre mucho más inclinado a la clausura egoísta sobre sí que a la donación desinteresada.

Dios colma al que da con generosidad. Por ello, podemos dar con alegría, sabiendo que el Padre bueno no se deja vencer en generosidad. La mejor interpretación del “como a ti mismo” es reconocer que uno no alcanza la propia autenticidad sino en la misma entrega.

⁴⁴ Cfr. Ga 5,13.

⁴⁵ Cfr. Flp 2,1-11.

⁴⁶ Mc 12,31.33; Lc 10,27.

⁴⁷ Para lo que sigue, 2 Co 8-9 passim.

De ahí, el llegar hasta “perder la vida” y darla como hizo Jesús en favor de sus amigos. Así revela Dios el hombre al propio hombre: la única manera de llegar a la perfecta coincidencia consigo mismo es salir continuamente de sí hacia los demás.

El ritmo de esa entrega está regulado por el propio Padre bueno y providente que, a través de las circunstancias de la vida, nunca nos pide algo que exceda nuestras verdaderas posibilidades y, al mismo tiempo, nos invita continuamente a descubrirlas.

Un mundo entretejido de relaciones de amor

42. Un mundo construido sólo desde arriba, desde los centros de poder, no puede ser feliz. Se privaría de la aportación de la mayoría. Es preciso construirlo también desde abajo. La transformación del yo cerrado en sí mismo en un yo abierto a los demás ha de realizarse en la sencillez de la vida “oculta”, en las relaciones que tejen la convivencia en el hogar o en el trabajo de cada día. Ahí es donde el corazón ha de dejarse ganar por el espíritu de las bienaventuranzas. Éstas nos indican que el camino del amor cristiano es, al mismo tiempo, el de la fidelidad profunda a la realidad de la vida y a sus exigencias.

La bienaventuranza de los mansos de corazón lo pone particularmente de relieve. La mansedumbre de los no violentos es verdadera fuerza que transforma la sociedad. Conviene considerar cuánto debe la humanidad a personalidades y grupos que optaron al mismo tiempo por la no violencia y por la liberación de los hombres. Nos alegra descubrir también hoy su presencia entre nosotros.

El Siervo de Yahvé⁴⁸ es modelo supremo de mansedumbre. Actúa desde la plenitud interior que le confiere el espíritu que el Señor hace reposar sobre él. Nunca cae en la desmesura de querer cambiar las cosas sin respetar su propio ritmo. Posee una fortaleza y una perseverancia inquebrantables; nada le hace desistir de su propósito de instaurar la paz. Muy atento a cuanto pueda suscitar vida, alienta sus rescoldos por doquier.

Los no violentos adecuan su marcha al paso de un Dios que avanza hacia nosotros como un río poderoso, pero que nos empapa poco a poco con el fin de no arrasar nada y de fecundarlo todo.

Quienes desean seguir a Jesús, manso y humilde de corazón, han de realizar una conversión profunda, proseguida día tras día, segundo tras segundo. Sólo así consiguen rehuir el inmediatez de quererlo todo y en seguida, tan característico de nuestro mundo.

Los mansos son los verdaderos artesanos de la paz de los corazones y de la paz social que engendra la libertad de las personas y de los pueblos.

⁴⁸ Cfr. Is 42,1-7.

Feliz tú por haber creído

43. El camino de las bienaventuranzas se hace concreto y se nos mete por los ojos al contemplar la figura evangélica de María. Ella es pobre entre los pobres de Yahvé. Humilde y sencilla, pone en el Señor toda su confianza. Descubre que las maravillas que ha hecho por ella son continuación de su actuar liberador, siempre favorable a los pequeños de la tierra.

Su Magníficat nos hace caer en la cuenta de que la soberbia de corazón se halla en la raíz de las situaciones de opresión creadas por los ricos y los prepotentes. Ciertamente, quien quiere que todo gire en torno de sí, acapara recursos y acumula poder, ignora a los demás y no duda en quedarse con lo que les pertenece, ni en reducirlos a la condición de esclavos suyos.

María de Nazaret conoce la amargura de las lágrimas, sobre todo cuando, al pie de la cruz, la espada profetizada por Simeón le atraviesa el corazón. Pero llora con esperanza y desde la solidaridad.

Abre sus entrañas a la necesidad de los demás y se apresta a socorrerla. No sólo ayudando a su prima Isabel o a los esposos de Caná. La que había de ser madre de misericordia conoce, precisamente por estar ella completamente inmune de mancha, toda la gravedad del pecado. Uniéndose a su Hijo por la fe, coopera con él para salvar al pecador.

Es la virgen casta, de corazón limpio y sencillo, de mirada transparente y desprovista de intenciones torcidas. Ella, que convierte su vida en cumplimiento puro de la voluntad de su Dios, tiene más que nadie hambre y sed de justicia. En la hora de la persecución no retrocede. María fue proclamada bienaventurada por haber creído. “Bienaventurada”, es decir, dichosa, pero con la felicidad nueva que Jesucristo trae al mundo con su manera de vivir, desde el desprendimiento, la apertura al Padre, la entrega a los demás.

María es la Virgen feliz. Su fe la hizo prescindir de sí por completo. La abrió totalmente al favor de su Dios y la asignó al servicio de su Hijo Jesús y, a través de él, de la Iglesia naciente de los discípulos y de los hombres todos. Desde su vida sencilla es Madre de la alegría. La vive y la imparte a su alrededor.

La transformación de la convivencia social en todos los niveles

44. El amor no se limita a transformar a la persona ni sus relaciones más inmediatas. El cristiano, como todo ciudadano, ha de situarse en el contexto de la sociedad en que vive. Para ello ha de darse cuenta de lo que realmente ocurre, escuchando las diversas corrientes de opinión y analizando la realidad lo mejor posible.

Ésta es la única manera de contribuir de manera responsable a la formación de la opinión pública y de orientar su conducta con verdadero sentido. Tal vez no pueda hacer mucho pero, por eso, le interesa no desperdiciar nada de lo que pueda verdaderamente hacer. Gestos pequeños pueden adquirir en una situación dada un gran alcance significativo.

Cuando Jesús come con los marginados⁴⁹ no realiza una acción grandiosa. Hace algo a su alcance, sencillo si se quiere pero que, dadas las circunstancias y la autoridad moral del Señor, adquiere una enorme fuerza de denuncia. Los centros de poder se sintieron interpelados por ella.

Para hacer cosas así es necesario superar la tendencia a vivir de esa manera superficial que se desentiende siempre de los problemas. Son pocos los que lo hacen y, por eso, la opinión pública se halla habitualmente tan anestesiada o se limita a repetir los tópicos de sus dirigentes.

45. El gesto de Jesús de comer con los que nadie trataba supone una percepción aguda de que el sentido de la Ley de Yahvé había sido pervertido. De creadora de solidaridad había pasado a ser empleada para legitimar un estado de cosas que segregaba marginación y consagraba el principio de que nada había que hacer en favor de los que la padecían.

Jesús denuncia la situación y explica su conducta contando la parábola del padre bueno⁵⁰. El hermano mayor del hijo pródigo tiene un corazón duro que le impide hacerse sensible a la suerte de su hermano. En él ejemplifica Jesús la actitud de una sociedad insensible hacia sus miembros desposeídos. Al obrar así, dice el Señor, os descalificáis como creyentes: un Dios bueno reclama otra cosa de vosotros. No es una extralimitación demagógica pensar en el hombre del primer mundo, satisfecho y fríamente orgulloso de los resultados técnicos de su trabajo, pero insensible ante quienes, pueblos o individuos, carecen de lo esencial.

Solidaridad entre los pueblos

46. Es Pablo, también ahora, quien descubre todo el alcance del mandamiento de Jesucristo en orden a la convivencia entre los pueblos. Cuando el Apóstol se niega a vincular el cristianismo a la cultura judía, va mucho más allá del punto concreto que se discutía, la licitud o no de prescindir de la circuncisión como señal de pertenencia al pueblo de Dios.

Pablo percibe la vitalidad interna del cristianismo para crear comunicación entre culturas tan extraordinariamente diferentes como la griega y la judía: “Porque él es nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad..., para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, haciendo la paz”⁵¹.

Se ha derribado el muro de Berlín. La humanidad vive momentos llenos de esperanza en la marcha hacia la unidad entre los pueblos. Al mismo tiempo permanecen o se agudizan los conflictos entre las nacionalidades. La autonomía inalienable, que corresponde a cada pueblo, se halla de suyo abierta a la de los

⁴⁹ Cfr. Lc 15,1-2.

⁵⁰ Cfr. Lc 15,11-31.

⁵¹ Ef 2,14-15.

demás, para aportarles la propia riqueza en la conciencia de lo mucho que de ellos recibe.

Hemos de preguntarnos por los muros que hay que derribar en nuestros corazones. Los cristianos, fiados en la energía de la cruz, convertida por Jesús en el gran instrumento de reconciliación entre los pueblos, han de contribuir a esa tarea.

B. LA CRUZ, CAMINO DE ESPERANZA

47. Transformar la convivencia social y trabajar por la solidaridad entre los pueblos es una tarea que entraña inevitablemente tasas de renuncia y sufrimiento.

La pasión de Cristo, fuente de fortaleza

48. Jesús renunció a la vida apacible y sin problemas para acercarse a los que sufren cualquier tipo de mal: pobres, enfermos, marginados. Una sociedad, organizada en la práctica sobre el principio de exclusión de todas esas personas, había de eliminar a quien no siguiese la misma pauta.

Jesús fue crucificado no por amar el mal sino por ponerse del lado de quienes lo sufren. Nuestro Dios, contra lo que algunos temen, no nos enseña a amar la muerte ni el dolor. No se empeña en decir que realidades obviamente negativas son en realidad buenas y positivas.

La grandeza de la generosidad del Señor conforta a cuantos consideran su ejemplo y quieren seguirlo. La Pasión no nos hace esclavos del dolor. Nos da fuerzas para combatirlo.

Ponerse al lado de las víctimas de la historia

49. Todos somos propensos a la ignorancia culpable. Algo nos dicen la prensa, la radio y la televisión sobre la situación del tercer mundo y sobre los marginados de nuestras propias ciudades. Pero, después de oír esas noticias, volvemos a nuestros propios problemas.

Pasamos con indiferencia delante de nuestros gigantescos hospitales. Nos sentimos incapaces de convivir con nuestros ancianos. Discutimos sobre nuestro derecho fundamental número veinticinco sin acordarnos de los que carecen del más elemental: los niños en el tercer mundo mueren de colitis, no por “causas sutiles” sino víctimas de enfermedades desterradas hace tiempo de nuestra civilización.

Jesús nos dijo que le encontraríamos en los pobres. Fue a los pobres para que pudiéramos encontrarlo entre ellos. La divinidad se esconde. En su Pasión se identifica con los humillados y ofendidos de la historia. Ése es el único Cristo real: nunca encontraremos a la Cabeza si no cuidamos a sus miembros.

¿Abrumados por nuestra impotencia?

50. Cuando los problemas de la humanidad caen sobre nosotros quedamos abrumados. El Señor también lo estuvo en Getsemaní. Sintió horror ante el sufrimiento y la muerte cercanos. Sobre él cayó la debilidad e incomprensión de sus discípulos más señalados, la ingratitud de su pueblo, la cerrazón de sus dirigentes: el pecado de los hombres. Jesús lo sintió como una mordedura en su propia carne.

Getsemaní se prolonga en la angustia de la humanidad que se debate con sus problemas: paro, droga, SIDA... Detrás de muchos de ellos se adivina el egoísmo y el pecado de los hombres.

El cristiano se suma, el primero, a la protesta del hombre contra el mal. Aprende de Job, prototipo del creyente, que no se resigna con explicaciones fáciles. Aprende, sobre todo, de Jesucristo. Su angustia, su grito de abandono, su solidaridad con todos los sufrientes del mundo son exponente de la gravedad del problema del mal y de la profundidad con que nuestro Dios se hace cargo de él. Se suma también a la acción de todos los que combaten el dolor y la injusticia. La fe en un Dios Padre de todos y el ejemplo de Jesús lo impulsan a ello y multiplican sus energías.

Pero, como Jesús en Getsemaní, siente su propia impotencia. Es imposible solucionarlo todo por más que uno haga. Nuestras fuerzas son demasiado pequeñas y el silencio de Dios se hace insufrible. ¿Por qué el Padre no aparta el cáliz? Como en Jesús, resurge también en él la pregunta angustiada: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”.

Conquistar la serenidad para proseguir el combate

51. Jesús no se dejó vencer por la oscuridad. Su agonía, acompañada por la oración prolongada, significó una lucha victoriosa hacia la serenidad. El cuarto evangelio señala de manera especial con qué señorío integra Jesús los sufrimientos de su pasión. Pero también los sinópticos coinciden en un dato sustancial. Jesús sufre como el que más, pero el dolor no consigue abatirlo ni hacer que se centre sobre sí mismo.

Durante sus últimas horas prosigue su diálogo con el Padre, que no le ha librado del sufrimiento pero que continúa a su lado. Se preocupa de Pedro, de las mujeres que lloran por él, de quienes lo crucifican, de su propia madre... Defiende su causa; durante los interrogatorios mezcla inteligentemente silencios y palabras, interpela la conciencia de Pilato.

Ni siquiera Jesús pudo resolver durante su vida el problema del mal en el mundo. Pero, tras la crisis de Getsemaní y su oración prolongada, salió confor-tado para seguir trabajando activamente en favor de lo humano.

No poder hacer todo lo que querríamos produce a veces angustia suma. Pero el cristiano, al compartir la cruz de Jesús, aprende con él que los hombres no podemos hacerlo todo. “No pretendo grandezas que superan mi capaci-

dad”⁵². No obstante, ante nosotros se abre siempre una puertecita para seguir trabajando por la causa del bien. Nos corresponde entrar por ella aunque no podamos resolver todos los problemas.

Dolores de parto

52. Una sociedad donde hay cada vez más ancianos debe cuidarlos, atenderlos, evitar su marginación. Debe también interrogarse con ellos sobre el sentido supremo del vivir y del morir. Al final de la vida todo parece venirse abajo. La madurez conseguida declina. La muerte es el último fracaso. ¿Mereció la pena vivir?

La debilidad, el sufrimiento, la muerte que el hombre –a pesar de todos sus esfuerzos– no puede eliminar pueden ser convertidos en la última puerta de acceso a la salvación definitiva de Dios. La contemplación de la Cruz así nos lo enseña. Jesús pasa por momentos terribles y grita su abandono. Pero, en la hondura última de su espíritu, continúa abierto a la confianza: “En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu”⁵³.

El Señor, despojado de todo, se deshace incluso de su propia vida de hombre. La entrega al Padre. Se abre a su acción para recibirlo todo de Él. Expresa así lo más propio de su ser filial. El Padre no le defrauda. Lo constituye de nuevo como Hijo por el poder de la resurrección.

El sufrimiento, especialmente si no puede ser eliminado, y –sobre todo– la muerte nos hablan de nuestros propios límites. Nos proporcionan ocasión para deponer, con los ojos puestos en el crucificado, la autoafirmación egoísta que nos cierra en nosotros mismos y es la esencia misma del pecado. Nace entonces el hermano y el hijo. El hijo que se deja hacer por el amor del Padre. El hermano que, olvidadizo de sí, se preocupa del bien del otro hermano.

C. LA RESURRECCIÓN COMO ALEGRÍA CUMPLIDA

El triunfo de la vida

53. Al principio de esta Carta Pastoral hemos indicado algunas realidades que en el momento actual son particularmente esperanzadoras. Los pueblos apuestan por la libertad. Crecen los movimientos en favor de la paz y la responsabilidad solidaria por superar la violencia.

Es también creciente la sensibilidad ante el problema del paro, especialmente juvenil. La conciencia colectiva no tolera la segregación racial y otras formas de marginación. La injusticia en el orden económico internacional y los mecanismos que la generan son objeto de claras denuncias en favor de los pueblos y continentes empobrecidos por la insolidaridad.

⁵² Sal 130/131,1.

⁵³ Lc 23,46.

Estos hechos y otros que podrían mencionarse son positivos en la línea de la humanización de la existencia personal y social. El cristiano así los interpreta y valora. Sabe que todas estas realidades están llamadas a integrarse en el mundo nuevo que supera cuanto podamos esperar y que la resurrección de Jesús nos garantiza. Nuestra fe nos impulsa a descubrir y potenciar todo lo que son gérmenes de vida.

También los hallamos en la Iglesia del postconcilio: renovación litúrgica; mayor apertura a la Sagrada Escritura; afirmación de la dignidad y de la misión de los seglares en la Iglesia y en el mundo; sentido de la responsabilidad y de la participación en las comunidades cristianas; estima por parte de la Iglesia de los valores del mundo; capacidad en ella para escuchar la voz de Dios en los signos de los tiempos.

Se trata de una Iglesia en estado de resurrección. Es cierto que el Espíritu gime, encuentra resistencias. El cristiano no mira hacia atrás. Aprovecha para purificarse, sabe esperar, y sigue atisbando lo positivo para abrir caminos a la esperanza.

Con la energía de la Resurrección

54. Por eso, el cristiano cabal es indomable en su trabajo frente al mal. El mal lo afecta, no lo deja indemne. Pero él se niega a declararse derrotado. San Pablo vivió la resurrección precisamente como fuerza para encarar los sufrimientos de la vida, abriéndolos a la esperanza⁵⁴.

Lo definitivo está ya aquí en Jesús. La libertad frente a todo lo demás se hace entonces radical. Los apóstoles, transformados por el Resucitado y su Espíritu, actuaron con aplomo, osadía y coraje⁵⁵. Arrostraron los riesgos de la existencia. Lo de aquí no es definitivo. Ante la amenaza de perderlo, no está justificado hacer cualquier cosa.

Serenidad profunda

55. Dios cuenta con lo negativo. El mal, en último término, se manifestará impotente. Dios manifestó su grandeza en la resurrección de Jesucristo y es capaz de devolver la vida a cuantos murieron. Los huesos secos se recubrirán de carne. Es bueno pensarlo. Que Dios se revista de paciencia y ejerza su poder como amor no significa que alguien le haya arrebatado ese poder. Es cierto que en ocasiones llegamos al límite de nuestras posibilidades. Pero es también verdad que la negatividad, con todo su dramatismo, será vencida por la serenidad del amor infinito que circula en la vida divina, revelado en Jesucristo y ofrecido a nuestra contemplación. Dios no es ajeno al sufrimiento del mundo. Se hace cercanísimo a él para mejor vencerlo.

⁵⁴ Cfr. 2 Co 4-5.

⁵⁵ Cfr. Hch 4,13.31.33.

La pretensión de Cristo confirmada

56. El hombre nuevo es el hombre abierto a la relación. Abierto al amor que Dios le profesa y a la relación con el hermano. Así vivió Jesús. El Padre, al resucitarlo, nos confirma que no se equivocó y que es lo que él manifestó ser: el Hijo de Dios hecho hombre.

La divinidad de Jesús es la garantía última de nuestra confianza en él. Ese trozo de historia que es la suya, su camino y su manera de vivir, ha adquirido validez permanente. Ha sido irrevocablemente unido por Dios a su propia realidad.

Pero Jesucristo no sólo es nuestro modelo. La Resurrección lo ha devuelto junto a nosotros. Sus discípulos pudieron reconocerlo gracias a los signos que él les dio. Su signo por excelencia es la comunidad de sus seguidores⁵⁶ que, unidos por su amor, lo encuentran en la Eucaristía.

A nosotros corresponde hacerlo presente en el mundo. Ofreciendo el testimonio de una existencia salvada por la amistad con Jesús. Acercándolo, también por la palabra, a quienes están necesitados de su iniciativa.

⁵⁶ Cfr. Jn 13,33-34; 17,21.

III.- VIVIR EN EL ESPÍRITU

57. Ser cristiano es vivir en el Espíritu. Esto quiere decir: que el Espíritu Santo nos remite a Cristo cuyas actitudes hace presentes en nuestra vida; que el Espíritu Santo se manifiesta de manera especial en la Iglesia y que, en ella, el creyente se capacita de modo especial para descubrirlo actuante en el mundo entero; que el cristiano se convierte en portador del Espíritu al asumir los valores del mundo e integrarlos en las actitudes de Cristo que el mismo Espíritu Santo hace fructificar en nosotros.

A. VIVIR EN CRISTO ES VIVIR EN EL ESPÍRITU

El Espíritu nos hace encontrarnos con Jesús

58. Si cada cristiano puede repetir “para mí, el vivir es Cristo”⁵⁷, es gracias al Espíritu Santo que se nos ha dado. “Nadie puede decir ‘¡Jesús es Señor!’ sino por influjo del Espíritu Santo”⁵⁸.

En la vida de San Pablo, y a partir de su conversión, todo queda orientado hacia el Señor resucitado, misteriosamente identificado con los suyos: “Yo soy Jesús a quien tú persigues”⁵⁹. Para el apóstol, “vivir en Cristo” y “vivir en el Espíritu” son expresiones equivalentes⁶⁰.

Como San Pablo, cada creyente solamente en el Espíritu llama a Cristo “mi Señor”⁶¹ y considera que su vida entera se halla vinculada con él⁶², que permanece siempre al lado del hombre a lo largo del tiempo⁶³. Jesús es así aquél a quien amamos sin haber visto y en quien creemos aunque de momento no lo veamos. Su amistad nos hace rebosar “de alegría inefable y gloriosa”⁶⁴.

La Eucaristía, vivida en el Espíritu, renueva el gozo de la presencia del Señor, que vive para siempre, y alimenta nuestra esperanza de encontrarnos un día definitivamente con él. El Espíritu Santo es quien pone en nuestros labios la invocación tan propia y singularísima de Jesús: ¡Abbá!⁶⁵. El Espíritu, que son-

⁵⁷ Flp 1,21.

⁵⁸ 1 Co 12,3.

⁵⁹ Hch 9,5.

⁶⁰ Cfr. 1 Co 6,11; Ef 2,21-22; Rm 14,17-18; Ga 5,22.

⁶¹ Cfr. Flp 3,8; Rm 10,9; 1 Co 8,5s.; 2 Co 4,5.

⁶² Cfr. 1 Co 3,23; 2 Co 10,7; Ga 2,20; 3,29; 5,24; Flp 1,21.

⁶³ Cfr. 1 Ts 3,2.13; 2 Ts 3,17.

⁶⁴ Cfr. 1 Pe 1,8.

⁶⁵ Cfr. Rm 8,14-15: “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre”.

dea lo profundo de Dios⁶⁶, puede hacernos conocer al Padre con una profundidad que desborda por completo cuanto nosotros hayamos podido decir.

Convencidos, gracias al Espíritu, de que la cruz de Cristo es su victoria

59. Gracias al Espíritu Santo, el cristiano hace suyas las actitudes e incluso los sentimientos de Cristo Jesús⁶⁷. Se las apropia en su persona de modo que no queden sólo como fuera de él.

La misión del Paráclito no es, como nos advirtió Jesús al prometerlo, añadir nuevas informaciones a su propio mensaje; sino hacer que sus palabras adquieran una resonancia nueva, como luz para un problema concreto o sentido para el existir. Así logra el Espíritu que el creyente considere la cruz no como el gran fracaso sino como la verdadera victoria. En ella, Cristo no fue el condenado sino el triunfador.

“Vencer al mundo” no significa para el cristiano triunfar visiblemente a los ojos de todos en esta vida, ni ser eximido de las dificultades, sino mantener que la razón pertenece a Jesucristo y que su modo de vivir es el acertado. El Espíritu Santo, actuando en el fondo de nuestros corazones, nos convence de ello, a pesar de que el mundo y el ambiente dominante piensen todo lo contrario.

Ver que muchos no comparten y a veces ridiculizan nuestras convicciones más queridas supone una especie de persecución. Contamos, también entonces, con el estímulo del Paráclito. Este término designa precisamente al que da ánimos, como los seguidores de un equipo lo hacemos durante un partido difícil. De este modo, y no proporcionando soluciones de facilidad, el Espíritu se convierte en solidez interna de la comunidad cristiana.

La vida cotidiana entera transformada por el amor, “fruto” del Espíritu

60. Lo más característico y de la enseñanza de Pablo es que toda la vida cristiana, y no sólo momentos o expresiones privilegiadas de ella, se desarrolla bajo la influencia del Espíritu y adquiere gracias a él una calidad singular.

Siempre hay personas que para descubrir a Dios esperan de Él actuaciones extraordinarias. Otros, en la práctica, restringen su acción a los momentos de oración o a aquellos en que la comunidad cristiana se encuentra reunida.

Pero el Espíritu no se hace presente sólo en los oasis. Proporciona su agua viva también en la aridez del desierto; su acción tiende siempre a unificar la existencia. Pablo percibe la transformación maravillosa que se opera en quien

⁶⁶ Cfr. 1 Co 2,11.

⁶⁷ Cfr. Flp 2,1-15. Sobre lo que sigue acerca de la interpretación de la misión del Paráclito, cfr. Jn 14,16-17; 14,25-26; 16,12-15; 26-27; 16,7-11.

permite que el Espíritu dé “fruto en él”⁶⁸. Esta palabra, muy bella, designa lo que no es postizo sino resultado de una vida que se desarrolla nutrida por la savia del Señor.

61. Quien camina en el Espíritu no se aleja de los demás. Sus acciones pueden coincidir en gran parte con las de otros hombres en cuanto a su contenido. Pero él las realiza con un talante peculiar, sello de un nuevo y verdadero humanismo.

El fruto único y definitivo del Espíritu en cada cristiano y en cada comunidad es el amor, ejercido no sólo de una manera esporádica, sino convertido en forma habitual de vivir. Cuando el amor lo penetra todo, la oración, el servicio mutuo y la misma vida secular, se convierten en expresión suya.

El amor cristiano⁶⁹ fructifica en multitud de detalles concretos de delicadeza: una palabra de ánimo, una felicitación a tiempo, un regalo oportuno. Impulsa a renovar la confianza en las personas, a creer en ellas, a hacerse cargo del motivo de los fallos y a excusarlos. Lleva a renunciar a la jactancia, a procurar no presumir, a olvidarse de sí mismo, en suma, para preocuparse de los demás y de su verdadero bien.

El Espíritu interioriza así en nosotros la “Ley” de Jesús y hace que no la consideremos como un conjunto de normas sino como una vida con matices numerosísimos.

Vivir con alegría y magnanimidad

62. La alegría y la grandeza de ánimo son dos manifestaciones singulares del Espíritu en la vida cristiana⁷⁰.

La alegría acompaña siempre a la vida pujante. No la posee en plenitud quien reduce el cristianismo a la observancia de normas o quien continuamente pondera los sacrificios que hace, como añorando con amargura lo que ha tenido que dejar para poder ser tan “ejemplar”.

Por fortuna, el cristianismo triste se aleja cada vez más de nuestra perspectiva. Pero la alegría que se le opone no es “obligatoria”, como la del que no se atreve a confesarse su insatisfacción profunda. Es resultado del Espíritu que mana en nosotros como una fuente de la presencia de Jesús, de la esperanza en su segunda venida.

Otro de los rasgos del amor es la comprensión. Sólo la practica quien posee grandeza de ánimo y se deja conducir por ella, no sólo en las grandes empresas sino en la convivencia cotidiana.

⁶⁸ Ga 5,22-24.

⁶⁹ Cfr. 1 Co 13,13.

⁷⁰ Cfr. de nuevo Ga 5,22s.

A veces somos agredidos de una manera injusta. Comprender en ese momento que quien nos ataca puede haber sido él mismo víctima de la agresividad, quizá desde muy pequeño, nos moverá a no responder con la misma moneda. Nos convertiremos en esponjas, donde el punzón pierda su agudeza, en vez de endurecerse todavía más a causa de nuestra manera de actuar.

El Espíritu nos conduce así a perdonar hasta al enemigo o a quien nos ha hecho mal, tal vez mucho mal. Ésta es quizá la piedra de toque más decisiva del verdadero seguidor de Jesús. Incluso cuando considera ineludible apelar a la justicia, el amor elimina el odio de su corazón.

B. AL ENCUENTRO DEL ESPÍRITU EN EL MUNDO Y EN LA IGLESIA

Vueltos hacia un mundo en que el Espíritu actúa por doquier

63. El cristiano se vuelve con simpatía hacia el mundo que le ha tocado vivir. Sabe que se dan en él verdaderos valores y que todo lo bueno que existe tiene que ver con la acción creadora del Espíritu. Éste aletea sobre el mundo desde el comienzo de la creación. El Padre, que todo lo proyecta por medio de su Hijo, lo ama todo con el amor de su Espíritu. En éste confiere realidad a todas las cosas que resultan así ser “buenas”, dignas de que el Padre se complazca en ellas.

Es cierto que el pecado del hombre esclaviza la creación y convierte la historia en algo que a veces nos parece cercano al caos. Los valores humanos se hallan a menudo distorsionados. Pero no aniquilados. El mundo gime anhelando ser liberado. Se trata, pues, de eliminar cuanto le impide alcanzar su propia identidad, para que pueda participar de la condición gloriosa de los hijos de Dios⁷¹.

64. Éstos lo son gracias al Espíritu, el cual –con su acción incesante– orienta todo lo positivo del mundo hacia el Señor resucitado, “centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones”⁷².

Esta perspectiva ha hecho cambiar profundamente el talante de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio. Los católicos tienen ahora más en cuenta que el Espíritu de Cristo alienta ya en las aspiraciones y valores positivos de los hombres.

Ha crecido la conciencia de que los creyentes hemos de colaborar con todos los hombres en lo bueno. La misión no tiene únicamente un sentido descendente, como si la verdad sólo proviniese de la Iglesia. Viene también hacia ella.

⁷¹ Cfr. Rm 8,20-24.

⁷² *Gaudium et spes*, 45.

Engendrados por la Iglesia, morada por excelencia del Espíritu

65. La Iglesia no pretende, pues, poseer la exclusiva del Espíritu: “Indudablemente, el Espíritu Santo actuaba ya en el mundo antes de la glorificación de Cristo”⁷³. Pero, por otra parte, sabe que el Señor resucitado se lo ha transmitido con una abundancia hasta entonces desconocida. El evangelio de Juan llega a observar: “No había aún Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado”⁷⁴.

Durante su vida terrena Jesús habló poco del Espíritu, aunque las comunidades cristianas –después de haberlo recibido ellas mismas– ven cómo reposaba sobre el Señor y lo impulsaba. Pero, desde el día de Pentecostés, la Iglesia se siente llena del Espíritu Santo, que desciende sobre los apóstoles reunidos en torno a María, Madre y figura de la misma Iglesia.

Siendo de este modo morada del Espíritu Santo, la Iglesia lo comunica a sus miembros. En la Confirmación los fortalece con el mismo Espíritu que ya en el Bautismo les transmitió al engendrarlos como hijos de Dios. Éstos van a actuar como liberadores de la creación entera y de toda la historia. Continúan así la misión de Jesús, el Siervo de Yahvé que, poseyendo la plenitud de Espíritu, regenera con él el mundo entero⁷⁵.

Aceptando la mediación de los aspectos visibles de la Iglesia

66. La intimidad con Cristo, la interiorización y la comprensión del amor a que conduce la acción del Espíritu no suponen caer en un espiritualismo desdeñoso de las normas eclesiales o de sus necesarias instituciones.

Muchos se sienten hoy inclinados a menospreciar los aspectos visibles de la Iglesia, como si fuesen una pantalla que obstaculiza el trato íntimo con el Señor. Sin embargo, no cabe prescindir de aquellos que responden a la voluntad de Jesús, puesto que el Espíritu Santo los integra en el Cuerpo de Cristo y hace de ellos sacramento sensible de su acción salvadora⁷⁶.

Sólo quien acepta sus aspectos institucionales vive la Iglesia como “transparencia de Cristo” y se une al Señor por el camino que él mismo eligió: asumiendo sus mediaciones en vez de sustituirlas por las que nosotros mismos crearíamos según nuestros caprichos.

67. Pensémoslo concretamente: hemos tenido necesidad de las oraciones que nuestras madres nos enseñaron, del testimonio cristiano de quienes nos educaron, de la palabra de los ministros del Señor. Todo ello fue posible gracias a la

⁷³ *Apostolicam actuositatem*, 4.

⁷⁴ Jn 7,39.

⁷⁵ Cfr. Is 11,2; 42,1; Jn 1,33; 3,34; 7,37-39.

⁷⁶ Cfr. *Lumen gentium*, 8: “la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para el incremento del cuerpo”; y *Lumen gentium*, 48: “Cristo... envió a su Espíritu vivificador sobre sus discípulos y por él constituyó a su Cuerpo que es la Iglesia, como Sacramento universal de salvación”.

Iglesia que, fiel a la herencia que Jesús depositó en ella, educó a esas personas que a su vez nos educaron a nosotros⁷⁷.

Nuestra misma estructura corpóreo-espiritual hace que el hombre busque lo invisible a través de lo que se puede ver y tocar. En la Iglesia encontramos algunas realidades que el mismo Jesús ha considerado adecuadas para ayudarnos: su palabra, sus sacramentos, la acción de los ministros que actúan en su nombre.

La confianza que hemos depositado en Jesucristo nos conduce a aceptar con fe estas mediaciones que, en virtud de la acción del Espíritu Santo, nos conducen al encuentro con nuestro Padre Dios. A veces percibimos la inmediatez de ese encuentro incluso de una manera experiencial.

Artesanos, con el Espíritu, de comunidades concretas

68. La Iglesia crece a partir de las comunidades concretas en que se articula su vida: la familia cristiana, la parroquia y las distintas agrupaciones que se dan dentro de ella... Contribuir a edificarlas es, al mismo tiempo, dejarse invadir del Espíritu que las alienta.

Vivir en comunidad es una necesidad fundamental, muy poco atendida por nuestra civilización. En ésta, por tópico que sea repetirlo, el hombre se siente a menudo aislado, desamparado, aun en medio de la muchedumbre.

La comunidad cristiana se edifica gracias a la interacción de personas muy diversas que se respetan, se acogen y se perdonan. Se aportan lo mejor que cada uno tiene. Una comunidad así proporciona hospitalidad al hombre de hoy. San Pablo nos la presenta como fruto de la acción del Espíritu Santo, el gran artesano de la vida comunitaria⁷⁸.

69. Él concede a cada cual su don, su carisma, su manera de servir. Así se descubre la Iglesia como comunidad de ministerios e intercambio de prestaciones recíprocas para crecimiento de la fe y el amor cristianos. Cada cual, posee su don propio, que debe conocer para servir mejor a los demás en la familia, en la parroquia, en el trabajo, en tantas circunstancias.

Así han surgido en la Iglesia de hoy laicos responsables de determinados servicios litúrgicos, de la catequesis, de la acogida a jóvenes o a parejas que preparan su matrimonio, de la administración económica parroquial, de la promoción de la justicia y la paz, de tareas asistenciales...

Servir con alegría a la comunidad eclesial es característica de la existencia cristiana. Más aún, lo que cada cual tiene que descubrir es que su propia perso-

⁷⁷ Cfr. Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia*, Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1989, VI, 2.2.b).

⁷⁸ Ver, sobre todo, 1 Co 12-14 y, en particular, las listas de carismas: 1 Co 12,8-10.28-30; Rm 12,6-8.

na, transformada por la gracia y la presencia del Espíritu, es el mejor regalo que Dios le hace a él y que él puede hacer a los demás.

Todo en nosotros –nuestra propia manera de ser, seria o risueña, nuestras habilidades, nuestras competencias, nuestra experiencia y nuestro saber sufrir...– es don para los demás. También los otros son regalo para mí, si yo sé mirarlos con un corazón transformado.

Construir la unidad en la diversidad

70. Los dones del Espíritu no pueden conducir a la división. San Pablo⁷⁹ empleó a fondo todos sus recursos pastorales para hacerlo ver así a quienes se excedían en el ejercicio de su propia aportación hasta el punto de oscurecer todas las demás.

La experiencia más elemental nos habla de la gran dificultad que entraña la convivencia entre los hombres. El Espíritu Santo, que es el amor entre el Padre y el Hijo, trabaja incesantemente para que la variedad de lo diverso no obstaculice la unidad de la comunidad cristiana, sino que sea su verdadera riqueza.

Es motivo de gozo ver cómo lo del otro, aun siendo muy diferente, complementa y purifica lo mío. Ir a una nación de cultura distinta y encontrar cómo los creyentes de allí sintonizan con lo más profundo de mi experiencia cristiana renueva la esperanza.

La vida de la Iglesia se halla estrechamente ligada a la presencia en ella del Espíritu de amor, el cual suscita continuamente las iniciativas de todos sus miembros hacia el bien común.

71. Por ello mismo, todos debemos promover en la Iglesia la participación, el diálogo y buscar cauces efectivos que faciliten la formación y la expresión de una verdadera opinión pública.

La madurez de todos, también de las personas que actúan desde la base y no sólo la actuación responsable de los pastores y de otros líderes, debe orientarse hacia este objetivo. Esta tarea debe comenzar en los niveles que se encuentren más a nuestro alcance: en las parroquias, en la escuela y otras instituciones católicas, en las asociaciones apostólicas... Hay que evitar siempre el espíritu reivindicativo y la crítica amarga a la autoridad.

También al integrar la diversidad en la unidad nos encontramos con el Espíritu que nos impulsa a esa tarea.

⁷⁹ Ver de nuevo 1 Co 12-14.

C. PORTADORES DEL ESPÍRITU HACIA EL MUNDO

Con la Iglesia, en pie de Misión

72. El día de Pentecostés la Iglesia se manifiesta públicamente como tal y se considera enviada en misión. Puesta “en pie en medio de las plazas”, la fuerza expansiva del Espíritu la conduce a llevar a todos los hombres la salvación de Jesucristo.

Así lo vemos especialmente en el libro de los Hechos. En él los apóstoles aparecen “llenos del Espíritu Santo”⁸⁰ y dotados de un coraje que antes no poseían para afrontar los riesgos de la misión. El diácono Esteban posee sabiduría y gracia en sus palabras, un poder que los enemigos del Evangelio no podían resistir⁸¹.

El Espíritu acompaña la predicación. Asiste a los apóstoles. Integra en la unidad a personas de distinta procedencia. Ayuda a discernir los lugares y oportunidades en que se debe difundir el mensaje.

También hoy es fuerza para los mensajeros de la Palabra: para el Papa, incansable en sus viajes innumerables; para los obispos y sacerdotes en su misión pastoral; para el misionero que se adentra solitario en la profundidad de regiones apenas habitadas, con el fin de buscar a quienes casi nunca pueden oír el anuncio de Jesús; para los religiosos y religiosas en su radical seguimiento de Jesucristo; para el laico que todos los días, con su inserción en el mundo y su trabajo, se convierte en testigo de Cristo.

Al servicio del Espíritu para transformar el mundo en Reino de Dios

73. El creyente se pone, pues, al servicio del Espíritu para conseguir que el mundo entero se abra a la influencia de Dios y se transforme así en su Reino. Para ello actúa en todos los grandes sectores de la convivencia.

Al hacerlo, no olvida que el Espíritu se encuentra ya en el mundo y lo precede con su propia actividad. Aprende, pues, a escrutar con la Iglesia los signos de los tiempos para alentar todos los síntomas de vida que, a través de ellos, puedan descubrirse.

El creyente aprecia los grandes valores de verdad, libertad, justicia, amor, paz... que, como Juan XXIII subrayó de manera decisiva en su encíclica *Pacem in terris*, se hallan inscritos por Dios en la naturaleza común de todos los hombres. Reconoce también que esos valores, aun estando enraizados en el corazón de la humanidad, a menudo se oscurecen y se tergiversan⁸² y que, en todo caso, sin Cristo nunca llegan a alcanzar su plenitud.

⁸⁰ Cfr. Hch 4,8.

⁸¹ Cfr. Hch 6,8.10.15.55-56.

⁸² Cfr. Pablo VI, *Ecclesiam suam*, n. 89; Conferencia Episcopal Española, *Los católicos en la vida pública*, BO CEE, n. 10 (1986), p. 48.

74. El creyente, desde la Iglesia y gracias a la acción del Espíritu Santo, puede contribuir mucho para que todos esos valores no se queden en un plano puramente ideal. Puede aportar luz para percibirlos mejor y energías renovadas para trabajar por ellos.

Ofrece también el camino de las bienaventuranzas al cual él mismo se incorpora de la manera que corresponde a cada vocación y situación, secundando el impulso del Espíritu. Se trata de las grandes actitudes evangélicas a las que más arriba nos hemos referido y que constituyen lo que pudiéramos llamar la moral de Jesucristo. Con ellas el creyente fecunda la sabiduría ética de la humanidad, la asume y la purifica y se compromete a ponerla en práctica.

En los apartados siguientes vamos a referirnos tan sólo a algunos aspectos importantes de esta tarea.

Incorporar la materia a la salvación de Dios

75. En nuestro mundo perduran aún viejas tendencias proclives a despreciar el cuerpo y la materia. La crisis ecológica, a la que ya hemos aludido, se ha hecho especialmente preocupante. Es también consecuencia de la falta de respeto a la naturaleza y, como Juan Pablo II nos ha recordado recientemente⁸³, constituye un verdadero problema moral.

El cristiano no se salva de la materia sino con ella. El Espíritu Santo no la elimina. Él lo penetra todo, desde la invisibilidad del Dios infinito⁸⁴, con quien se identifica como tercera persona de la Santísima Trinidad, hasta la visible humildad de nuestra materia. De este modo incorpora incluso a esta última a la salvación de Dios.

El Padre resucita a Jesús mediante el poder de su Espíritu y le otorga un “cuerpo espiritual”⁸⁵. Esta expresión paulatina podría prestarse a equívocos. Pero con ella el apóstol, profundamente fiel al realismo de la mentalidad judía, se refiere no a un cuerpo inmaterializado, sino a la misma realidad material del hombre en cuanto impregnada por el Espíritu.

Espiritualizar significa abrir la realidad entera, a través del hombre, a la comunicación con Dios y con los demás hombres.

76. El hombre “espiritual” no es el retraído sino el que sabe expresar su amor, también a través del gesto corporal oportuno. Si nos dejamos conducir por el Espíritu que habita en nosotros, iremos adoptando las actitudes externas que convienen a la vida que él nos comunica interiormente.

⁸³ Cfr. Juan Pablo II, *Paz con Dios Creador, paz con toda la creación*. Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1.1.1990: *Ecclesia*, n. 2.456 [30 de diciembre de 1989], nn. 6-7, pp. 1930-1931.

⁸⁴ Cfr. 1 Co 2,11.

⁸⁵ Cfr. 1 Co 15,44.

Pero no sólo nuestro cuerpo. También el mundo entero ha de convertirse en vehículo de la comunión entre los hombres. El mundo entero: los recursos materiales, la electricidad, la riqueza de las minas y de los yacimientos de petróleo, los alimentos, las reservas acuíferas y forestales, el mundo de la economía y de las finanzas...

Quienes lo transforman son los agricultores, los obreros, los ingenieros, científicos, economistas, médicos, legisladores, gobernantes... Todos los hombres sí, en verdad, actúan como hijos de Dios⁸⁶.

Lo hacen cuando liberan la materia haciéndola servir a la causa de la justicia y de la felicidad de sus hermanos. Pensemos, por ejemplo, la diferencia que hay en que los barrios populares de las ciudades estén o no bien diseñados y equipados de servicios.

El creyente que se deja llevar por el impulso del Espíritu, siempre de comunión y de amor, va así transformándolo –también la materia– en nueva creación.

Empapar de Espíritu la ética del amor y de la vida

77. La manera de enfocar la relación entre el hombre y la mujer y cuanto se refiere a la transmisión de la vida, ha cambiado profundamente entre nosotros.

La moral de la Iglesia en estos aspectos es considerada, a menudo y sin mayores matizaciones, como retrógrada. Las nuevas generaciones se educan en un ambiente de gran permisividad. El sexo está pasando a ser considerado como mero entretenimiento o simple fuente de placer.

Esta mentalidad es a menudo causa de desilusiones precoces ante la vida. Impide en todo caso la apertura al camino del amor desinteresado.

La Iglesia considera la unión entre los sexos como vehículo del amor conyugal y lenguaje de comunicación interpersonal en ese nivel. La orientación de esa comunión hacia el nacimiento y la educación de los hijos la hace fecunda, la purifica de egoísmos y la perfecciona. Sólo es posible ser castos desde una concepción altruista de la existencia, vuelta hacia el otro, y no egoístamente hacia el propio yo.

78. El amor auténtico, en la actual condición del ser humano, es inseparable de una dosis de disciplina, de renuncia y, en cierto modo, de sufrimiento. El amor de los esposos no puede ser una excepción. A pesar de ello, la doctrina de la Iglesia en relación con el sexo y el matrimonio afirma que estas realidades profundamente humanas han de ser camino de plenitud y de felicidad.

Sus principios morales en esta materia, ordenados a iluminar las situaciones particulares, no han de confundirse con la pretensión de juzgarlas al margen de la percepción que de ellas haga una conciencia personal rectamente formada.

⁸⁶ Cfr. Rm 8,21.

El acierto en la valoración de cada caso particular será fruto, en todo caso, de la superación de una moral de mínimos, sólo preocupada por el “hasta dónde podemos llegar”, y al servicio del sentido de totalidad que es inherente a la donación del amor conyugal.

79. Descubrir la castidad como sendero de paz profunda es una larga tarea que supone ir educando desde la niñez. La misma experiencia de la propia limitación puede convertirse en fuente de humildad confiada en el Padre bueno y en ocasión de desprendimiento de sí.

El dominio⁸⁷ que supone la limpieza de corazón es, al mismo tiempo, efecto de la voluntad libre del hombre y fruto de la acción del Espíritu Santo.

El Espíritu es capaz de actuar con su acción suave y llena de fortaleza sobre el organismo humano entero. Convierte así el matrimonio cristiano y el camino que a él conduce en otra expresión de la manera de existir, llena de gozo y esperanza, que los creyentes ofrecen al mundo.

Trabajar por la justicia y la paz impulsados por el Espíritu

80. El cristiano que promueve la justicia de manera incansable no se propone, como objetivo último, la mera reivindicación de sus propios derechos ni solamente la promulgación de unas normas justas.

La justicia que él persigue es fruto del amor y de la infatigable actividad del Espíritu Santo, y busca el bien y la liberación del que sufre y del marginado.

El cristiano, adorador del único verdadero Señor, repudia con decisión todas las dictaduras de la tierra y todos los aspectos opresivos de los regímenes políticos. Se siente atado a los pequeños de la tierra, a los indigentes cuya desnudez resulta vergonzoso dejar desatendida.

Sabe que el Espíritu envió a Jesús a evangelizar a los pobres⁸⁸ y, por la misma razón, él también va hacia ellos. La pobreza de recursos, de cualidades e incluso de valores humanos o éticos, no disminuye el carácter sacrosanto del misterio de la persona. Nos impulsa a defenderlo con mayor decisión.

81. La ineludible responsabilidad de los padres para con su hijo recién nacido se refuerza precisamente porque éste es débil. Toda persona que guarde en sus entrañas un resto de humanidad percibe en sí misma esa misma responsabilidad para con los débiles, y sólo con contrariedad admite la propia impotencia para remediar al oprimido en su necesidad. El rechazo decidido del aborto por parte de la Iglesia encuentra también aquí una motivación muy decisiva.

El trabajo por la justicia conduce no sólo a ceder parte de los propios bienes sino a orientar la actividad y la propia persona en función de la necesidad humana.

⁸⁷ La *enkrateia* o dominio de sí es también fruto del Espíritu Santo: Ga 5,23.

⁸⁸ Cfr. Lc 4,18-21.

La justicia no se establece simplemente por exigir a los demás. Se persigue a través de los criterios aplicados al escoger o ejercer una profesión; también mediante el uso que hacemos de los bienes de que podemos disponer. La promovemos si somos capaces de renunciar a una mayor retribución económica, para asumir una actividad más claramente solidaria.

En todo ello estamos acompañados por limitaciones profundas. La acción del Espíritu no nos pide hacer más de lo que podemos dar. Pero nos ayudará a descubrir con claridad creciente las entrañas de misericordia del Hijo de Dios hecho hombre hacia los oprimidos por cualquier clase de necesidad.

De este modo, el cristiano se transforma en artesano de la paz, que nunca es fruto de la violencia. Paz que no se limita, con ser mucho, a hacer callar las armas; sino que transforma en profundidad el espíritu de los hombres.

Evangelizar las culturas

82. La existencia de cada uno de nosotros es inseparable del medio cultural en el que estamos insertos. La cultura es algo que penetra en la interioridad del individuo y configura, de alguna manera, su ser personal. Ella es, en última instancia, fruto de la actuación de personas libres y responsables. No es menos cierto, sin embargo, que éstas son internamente habitadas y alimentadas espiritualmente por la cultura o las culturas de un pueblo.

La cultura se hace y se transmite en los diversos niveles de la acción educativa y en la investigación; los medios de comunicación social son también agentes privilegiados de transmisión cultural; la rica diversidad de las actividades artísticas y folklóricas son expresiones culturales estrechamente ligadas a la identidad de los pueblos, como lo es también la propia lengua. La cultura se hace asimismo presente y operativa en el rico entramado de las relaciones, más o menos institucionalizadas, que configuran la vida social. Y es también cultura la concepción de la existencia humana, el conjunto de valores y contravalores que de ella derivan y las normas de comportamiento asumidas socialmente.

Es razonable, por ello, preguntarse acerca del tipo de hombre que está alumbrando la cultura actual, en la diversidad de factores, a veces contradictorios, que la configuran. ¿Aumenta el número de personas que saben quiénes son, cuál es el sentido de su existencia y cuáles los valores que han de cultivar? Para ser plenamente personas libres y responsables, ¿es suficiente dejarse llevar pasivamente por los modos de pensar, sentir y actuar que se dan o son dominantes en la sociedad?

83. Los cristianos han de descubrir que su fe es el germen de una actitud crítica ante el influjo cultural que necesariamente han de experimentar sobre sí mismos. Más aún, en la medida en que la cultura no puede ser una imposición necesaria y fatal, determinante de las convicciones y comportamientos de las personas, han de preguntarse sobre las responsabilidades que sobre ellos recaen ante la tarea colectiva de hacer la cultura.

“La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura o, más exactamente, de las culturas. Éstas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva”⁸⁹.

Esto significa ofrecer la visión cristiana de la vida, en pie de igualdad con los demás ciudadanos, sin privilegios pero sin temores, con la firme convicción de que el mensaje de Jesús tiene fuerza para ennoblecer la existencia humana y llevarla a una mayor plenitud. Y ello mediante expresiones que sean verdaderamente significativas en el intercambio cultural del momento histórico en el que vivimos.

84. El pluralismo cultural existente entre nosotros plantea, además, problemas particulares a los que no debe ser ajena la existencia cristiana. Se pone de manifiesto en las múltiples expresiones de la vida social, dando lugar a formas de convivencia no siempre fáciles y, en ocasiones, trabajadas por tensiones y conflictos no debidamente superados. La lengua es, si no el único, sí al menos un factor importante que refleja el pluralismo cultural.

Es importante caminar hacia una progresiva pacificación cultural que eche sus raíces en la globalidad de la vida social. Ello exigirá el reconocimiento de los derechos de cada persona en relación con su propia cultura. Ha de asegurar también la realización de las legítimas aspiraciones en orden a la afirmación de la propia identidad cultural. En ello ha de jugar un papel importante la debida adecuación de las instituciones del país, particularmente de las dedicadas a la tarea educativa.

Desde dentro del mundo, actuando de manera individual o asociada

85. Los católicos persiguen esos objetivos actuando desde dentro del mundo a manera de fermento. Muchos de ellos lo hacen también al trabajar en el ámbito de su profesión con personas que no se definen como cristianas o en el ámbito de instituciones puramente seculares.

Otros se asocian entre sí creando instituciones de inspiración cristiana en los distintos ámbitos de la vida social. O bien colaboran con instituciones explícitamente confesionales como la escuela católica⁹⁰.

Hablando globalmente y sin perjuicio de los análisis que haya que realizar en cada caso, hay que afirmar que estas instituciones son, entre nosotros, escasas para la vitalidad que cabría esperar de las comunidades cristianas. Multiplicarlas significaría una contribución a la causa del bien común que, para vigorizar el entramado social, necesita también de entidades intermedias. Éstas refuerzan la importancia de los individuos ante el Estado y promueven la contribución de todos al bien común.

⁸⁹ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

⁹⁰ Cfr. *Gaudium et spes*, nn. 75-76; Conferencia Episcopal Española, *Los católicos en la vida pública*, BO CEE, n. 10 (1986), pp. 39-63.

Artífices de una libertad solidaria y testigos del Dios vivo

86. La dicotomía que algunos pretenden crear, entre cristianos de la mediación y de la presencia, no es adecuada. El creyente, que se halla verdaderamente cautivado por Cristo y por su Espíritu, da testimonio tanto de su compromiso profundo por el mundo como del Padre Dios que le ha convertido en hijo suyo.

Entre los valores que el hombre persigue hoy, sin conseguirlos nunca del todo, se hallan la libertad y la solidaridad. El cristiano sabe que su fe los potencia y se sabe fortalecido desde dentro por el Espíritu de Jesucristo. Él ha de ser capaz de ungir con el aceite de la solidaridad una libertad inclinada a moverse únicamente por intereses egoístas y, con el unguento del respeto a la libertad, una pretendida solidaridad meramente impuesta por los imperativos de la ley.

Al obrar así, los creyentes se convierten también en testigos del Dios vivo. Si son consecuentes con su fe, abren la perspectiva de sus contemporáneos hacia lo que Dios tiene preparado para todos aquellos que le aman⁹¹.

⁹¹ Cfr. 1 Co 2,9.

IV.- EL HOMBRE EN LA TRINIDAD

87. La salvación cristiana es la vida misma de Dios en nosotros. Desde ahora tenemos respuesta, que un día será completa, al deseo del hombre de superar los límites de su existencia terrena, y a otro aún más profundo: el de unirse definitivamente al Infinito, ese océano de plenitud que el hombre no encuentra jamás en sí mismo.

“El cristianismo proclama tan sólo una realidad, pero ésta con el esplendor de la verdad...: la plenitud absoluta, incomprensible y sin nombre, infinita e inefable, se ha convertido, ella misma y sin reducción alguna, en excelencia interior de la creatura, en el supuesto de que ésta quiera aceptarla” (K. Rahner).

Ese Dios, al que damos el nombre de Santísima Trinidad, es como un río de Vida que vierte todo su caudal transparente en su Hijo para fructificar, en su mutuo amor personal, como Espíritu Santo. La Encarnación nos hace ver que, al derramarse sobre nosotros la vida de Dios, lo nuestro no queda anegado ni aniquilado. Al contrario, queda realzado, en camino de su propia consumación.

Amor en Dios y entre los hombres

88. Nos incorporamos a la vida de Dios gracias a que Él mismo se da al hombre. Por eso, nuestro amor puede expresar e imitar el suyo: “Sed imitadores de Dios como hijos queridos y vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma”⁹².

La existencia cristiana se resume en el amor. No se reduce a conducta ética. Es, ante todo, la savia que vivifica y nutre el amor desde su interior más profundo.

Esa savia es la vida de Dios en nosotros: “El Señor, cuando ruega al Padre ‘que todos sean uno como nosotros también somos uno’ (Jn 17,21-22) abriendo horizontes insospechados para la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad”⁹³.

La humanidad, sobre todo cuando crece la interdependencia mutua entre los hombres en la libertad, anhela establecer relaciones justas, cordiales y fraternas entre sus miembros. Cada cual desearía recibir de sus semejantes todo lo bueno que poseen y entregarles lo mejor de sí, en un intercambio mutuo en que cada uno viese reconocida su propia verdad con respeto y amor.

Los dinamismos fundamentales de la vida trinitaria, de donación y acogida, lucidez y amor, pueden convertirse –gracias a la Revelación– en paradigma supremo de la convivencia entre los hombres.

⁹² Ef 5,1.

⁹³ *Gaudium et spes*, 24.

Amar es dar y acoger

89. Las personas divinas se unen estrechamente y al mismo tiempo se distinguen entre sí por la vida de relación que establecen entre ellas. El Padre es donación generosa de toda su vida divina al Hijo, y éste acogida total del don que el Padre le hace. Así surge entre estas personas divinas una verdadera comunidad.

Dar y acoger son los dos movimientos de todo verdadero amor. Amamos cuando damos todo lo nuestro. Pero también cuando acogemos el don del otro, que es la mejor manera de valorarlo y de hacerle sentirse querido.

Cuando ambos movimientos se hacen presentes, todas las relaciones entre los hombres se orientan hacia la comunidad verdadera: en el ámbito de la familia, de la educación y la cultura, del trabajo, de la convivencia nacional e internacional, de la vida eclesial.

En Dios la donación total del Padre al Hijo, a la que éste corresponde en el amor, da origen al Espíritu Santo. Cuando los hombres se entregan y se acogen entre sí, también dan origen al amor que transforma sus relaciones y hace que vaya surgiendo un mundo nuevo. En éste todos formaríamos un inmenso “nosotros”, sin ningún “ellos” a quienes enfrentarnos.

Amor y verdad

90. Cuando el amor se identifica con el sexo o se enfoca de una manera puramente sentimental, se olvida su vinculación estrecha con la verdad. Pero la relación con una persona que nunca entrega su propia verdad ni nos conduce a la nuestra, decepciona.

Una sociedad que aumenta cada vez más las diferencias sociales y da carta de naturaleza a los múltiples modos de enriquecimientos injustificables, ignora los sufrimientos de los pobres y los marginados, oculta los mecanismos por los que opera la injusticia, vive de la mentira y es cómplice de la insolidaridad y de la falta de amor.

También en la vida de la misma Iglesia se hace difícil a menudo establecer correctamente la relación equilibrada entre el amor y la verdad. Se da la impresión de que la obsesión por la segunda daña al primero. Siendo también cierto que el olvido de la verdad conduce a una permisividad poco parecida al auténtico amor.

91. El misterio trinitario nos invita a vivir la verdad como momento interno del amor, y el amor de tal modo que conduzca a la verdad de la realidad.

En Dios, el Padre conoce su propia verdad en el Hijo, imagen y expresión acabada de sí mismo. Así se adhiere a él y acaba de constituirse como plenitud de amor. La fe nos muestra la vida trinitaria de Dios como un movimiento de lucidez y de amor. Del conocimiento lúcido de sí brota el amor como aceptación profunda de su propia plenitud y donación sin límites.

Entre nosotros, un amor verdadero ha de partir, no de la idealización engañosa sino de la aceptación de sí y del conocimiento lúcido de las propias posibilidades y limitaciones. A los demás no les pide lo que no pueden dar; los asume tal y como son, y comparte con ellos la debilidad humana al recorrer juntos el camino.

Una sociedad permisiva en que, bajo pretexto de fomentar la paz, nadie se atreve a alzar la voz para señalar los verdaderos valores, camina hacia su propia destrucción.

La verdad, para serlo, ha de estar transida de amor y conducir al amor. De nada servirían las formulaciones ortodoxas de la fe si no condujeran a una postura de entrega a los hombres.

92. La verdad ha de ser pronunciada. Ocultar la verdad es disfrazar la realidad verdadera y resignarse a que nada cambie. Eso no es amar. Cuando todo vale, empieza a resultar que nada vale la pena.

Es verdad que hay un tiempo para hablar y otro para callar. Saber distinguirlos es una sabiduría difícil. Por eso, es preciso preguntarse constantemente qué es lo que en cada momento –y no de una manera conformista– nos traería la verdadera paz.

Sólo en Dios se anudan la plenitud de la verdad y la plenitud del amor. Los hombres únicamente podemos caminar humildemente hacia ellas.

CONCLUSIÓN

Vivir la Trinidad incorporándonos a la vida de Jesús

93. Dios no sólo se nos ofrece como modelo sino que ha querido vivir en nosotros su propia vida. En Cristo somos engendrados por el Padre como hijos y amados por Él con el amor del Espíritu Santo.

Jesús traduce en nuestra historia lo que Él vive como Hijo en su intimidad trinitaria con el Padre. Contemplando su vida y uniéndonos a ella por la acción del Espíritu, aprendemos lo que significa dar a imagen del Padre, acoger, unir estrechamente la verdad y el amor.

En Jesús y en María, la primera discípula, imagen de la Iglesia, vemos concretamente lo que significa concebir la vida como un acto de generosidad que considera cuanto se recibe como don para los demás. No sólo mediante grandes acciones sino también en los gestos sencillos de cada día.

De ellos aprendemos también a acoger la bondad de Dios en la oración, a descubrir gozosamente el mundo como creación del Padre, a abrirnos a todo lo que los hombres transmiten como mensajeros –a veces involuntarios– de la bondad divina. Vamos también vislumbrando que sólo a través del sufrimiento es posible llegar a comprender en profundidad lo que significa la palabra “acoger”.

94. Si salimos de nosotros mismos para abrirnos al sufrimiento de nuestros hermanos los hombres y si nos dejamos trabajar por la vida que nos pide tantas cosas imprevisibles, llegaremos a desprendernos de nosotros mismos. Este desprendimiento culmina en la muerte donde podemos convertirnos en nada más que apertura al Padre para que Él pueda resucitarnos en virtud de su acción poderosa.

Vivir “en Cristo” es vivir en el amor: dando y acogiendo, asumiendo la Cruz y abriéndonos en ella a la alegría de la Resurrección. Así, al hacer nuestra la historia de Jesús, “carne de Dios” (S. Ireneo), palpamos el amor y, en el amor, vivimos la Trinidad sin necesidad de especular sobre ella. “Si ves el amor, ves la Trinidad” (S. Agustín). Busca el origen de tu amor y así conocerás a Dios.

La vida trinitaria se participa en el amor sencillo al otro hombre. Jesús se encarnó para decírnoslo. Todo verdadero amor se sitúa objetivamente en esta perspectiva.

Vencer al enemigo más radical, el pecado

95. Merece, pues, la pena vivir la existencia cristiana y vencer, para ello, al pecado, el enemigo radical y único, en definitiva, que se opone a vivirla en plenitud. A lo largo de esta Carta Pastoral ha venido apareciendo con fuerza la disyuntiva permanente y crucial: optar por un malentendido amor de sí o por el verdadero amor de Dios y de sí mismo en Él.

El amor de sí se malentiende y desfigura cuando aparece como autosuficiencia y como temor a desprenderse del propio yo. Esta autoafirmación egoísta de sí mismo, llevada hasta el extremo de ignorar a Dios, constituye el pecado radical del hombre y el origen de otros pecados.

Impide que nos abramos al amor que Dios nos tiene y que le respondamos con nuestro propio amor. Conduce a ignorar la calidad humana de la actitud de acogida. Distorsiona nuestras relaciones con los demás e impide que éstas estén configuradas por el amor. Se da así un inicio de cosificación del ser humano, capaz de conducir a las más inhumanas aberraciones. Lleva a acaparar y no al gozo de compartir; a la violencia en vez de a la paz.

Conversión al amor de Dios y a la vida en plenitud

96. Quien descubre que en Jesucristo se da “el camino, la verdad y la vida” y que la suya propia ha de realizarse en él, percibe ya desde dentro de sí mismo la llamada a una progresiva conversión. Es la llamada a hacer realidad la aspiración última del cristiano: “para mí, vivir es Cristo”. A pesar de ello, nos parecemos a menudo al paralítico del Evangelio. Intuía que la verdadera vida se hallaba en el Señor, pero se hallaba imposibilitado para acercarse a él.

Reconocemos quizás que la raíz de la infelicidad propia y ajena, individual y colectiva, se halla en la falta de amor, que separa al hombre de Dios y de sus hermanos. Es un paso que no se debe infravalorar. Equivale a una toma de conciencia que ha de ayudarnos a situarnos en nuestra propia verdad y en la verdad de Dios.

Necesitamos seguramente de un impulso que nos aliente a seguir caminando, para hacer vida lo que descubrimos ser promesa de vida. Se nos ofrece la gozosa aventura del seguimiento de Jesús, a partir de la reconciliación alcanzada en la acogida del perdón. Desde ahora se proyecta sobre nosotros y nos ilumina la perspectiva radiante de la resurrección del Señor.

Caminamos hacia la celebración del misterio pascual sostenidos por el Espíritu que está y actúa en la Iglesia. Ella se nos ofrece también como mediación del Espíritu en este proceso de conversión y de reconciliación. El sacramento de la Penitencia posibilita, significa y realiza el encuentro reconciliador con Dios Padre, en la fuerza del Espíritu, para hacer nuestra la resurrección del Señor.

La dimensión trinitaria de toda la existencia cristiana se hace también presente en este momento privilegiado en el que el don de Dios es objeto de una acogida de parte del hombre consciente de su pecado. El diálogo con la Iglesia que perdona en nombre de Dios, hace visible la realidad más gozosa que el ser humano consciente o inconscientemente anhela: la plenitud de vida de Dios.

Queremos invitaros a todos los cristianos a revivir esta experiencia del perdón sacramental, quizás lejana ya para algunos, en el gozo y en la alegría. No debe ser de otra manera.

Sostenidos por la esperanza

97. El amor cristiano es ya ahora, amor en la comunión que es Dios. Es amor Pascual, purificado por la Cruz; es conversión y gracia, gozo y esperanza. Nuestro esfuerzo humilde de cada día acumula un inmenso caudal de gloria. Lo que hoy perseguimos, será un día alcanzado, no en virtud de nuestro esfuerzo, sino por la fidelidad de Aquél en quien hemos puesto nuestra esperanza.

Nuestra fe en la eternidad confiere seriedad última a nuestro quehacer aquí en la tierra, al servicio de un mundo más humano, fiados de los caminos que Dios nos manifiesta en Jesús, y caminando por la historia hacia la fiesta que el Padre nos ha preparado.

Los valores de este mundo no son los definitivos pero los preparan. “Entonces dijo el que está sentado en el trono: ‘Mira que hago un mundo nuevo’... Al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida”⁹⁴. Ésta es nuestra respuesta esperanzada: “¡Así es! ¡Ven, Señor Jesús!”⁹⁵.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
28 de febrero de 1990
Miércoles de Ceniza

- ✘ **José María**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
- ✘ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✘ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✘ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✘ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao

⁹⁴ Ap 21,5-6.

⁹⁵ Ap 22,20.